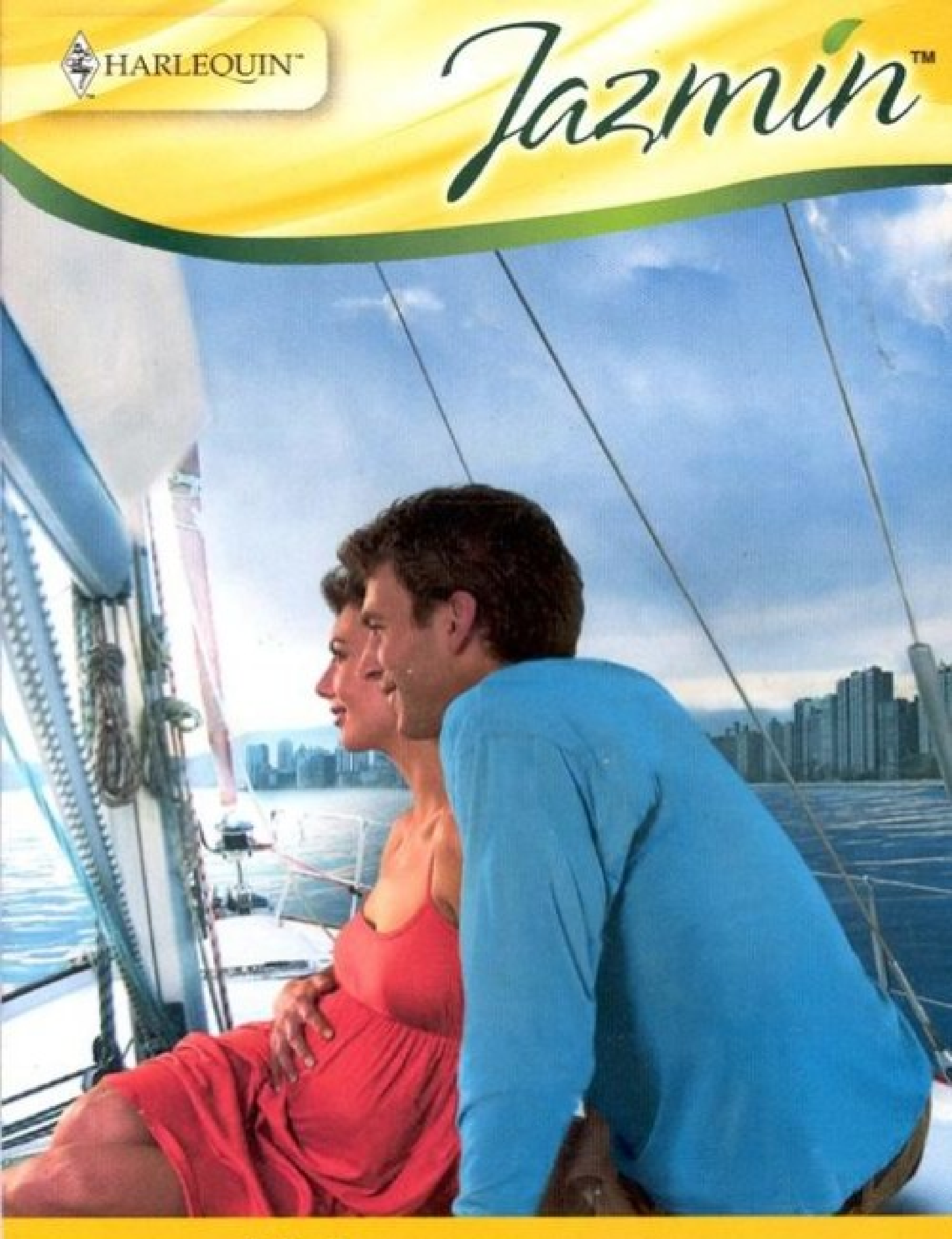


Madre por sorpresa

JACKIE BRAUN

Madre por sorpresa

Jackie Braun

Madre por sorpresa (2010)
Pertenece a la Temática Bebé a bordo
Título Original: Confidential: Expecting! (2009)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2322
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Logan Bartholomew y Mallory Stevens

Argumento:

Noticia: ¡revelado el secreto del niño!

Las instrucciones que había recibido la periodista Mallory Stevens estaban bien claras: exponer los secretos del esquivo presentador de radio y soltero más deseado de Chicago, Logan Bartholomew, no enamorarse locamente de él. Pero cuando su relación pasó de lo estrictamente laboral a lo personal, Mallory descubrió, atónita, que ella también tenía un pequeño secreto…

Capítulo 1

—¿Está ocupada esta silla?

Mallory Stevens conocía bien esa seductora voz masculina y tuvo que hacer un esfuerzo para mirar los ojos de color gris verdoso y enfrentarse a quien haría que Adonis palideciese por comparación. Pero no sirvió de nada.

Zip, zag, zing.

Así de rápido, sus hormonas despertaron a la vida; tanto que se le doblaron las piernas. Era una reacción extraña, aunque mentiría si dijera que resultaba desagradable. Y tampoco era la primera vez. Había experimentado lo mismo una semana antes, cuando conoció a Logan Bartholomew.

Entonces pensó que era una reacción normal porque llevaba horas trabajando y apenas había dormido la noche anterior.

Pero acababa de ocurrirle otra vez. Y cuando ocurría algo así y tenía que ver con un miembro del sexo opuesto, se llamaba atracción.

Mallory llevó aire a sus pulmones antes de dejarlo escapar lentamente. Ella no tenía nada en contra de mezclarse con miembros del sexo opuesto, al contrario. Le gustaban los hombres, pero tenía ciertas reglas con respecto a mezclar el trabajo con el placer y Logan Bartholomew era trabajo. Aunque todo en él fuese increíblemente atractivo.

—Puede sentarse, doctor —le dijo. Aunque le costó, su voz había sonado más o menos calmada. Y esperaba que su sonrisa también pareciese normal.

Él dejó caer su atlético físico sobre la silla, a la vez elegante y masculino. Y, por enésima vez desde que lo conoció, pensó que era una pena que sus oyentes no pudieran verlo. Logan Bartholomew tenía un programa de radio que interesaba a todo Chicago.

—Pensé que habíamos quedado en que me llamarías simplemente Logan.

No habían quedado en eso, pero daba igual. Sobre todo porque ahora que él estaba allí, en el almuerzo de la asociación Mujeres en Acción que su editor le había pedido que cubriera, todo era mucho más interesante. Pero «sencillamente Logan» no era un nombre que se pudiera aplicar a un hombre como él.

Todo en Logan Bartholomew estaba por encima de los demás, desde su aspecto de estrella de cine y físico de atleta hasta cómo su programa había llegado a lo más alto del ranking en menos de un

año. Era lógico que hubiera sido votado como él soltero más cotizado de Chicago en una reciente encuesta patrocinada por un periódico local.

Pero, como periodista, Mallory se recordó a sí misma que estaba interesada en algo más que su atractivo físico. Estaba interesada en una historia e intuía que allí había una. Y no necesariamente la que iba con su sofisticada colonia o la corbata de diseño. Y, desde luego, nada tan trivial como la que le habían asignado la semana anterior.

Pero nada podía ser tan perfecto como parecía serlo aquel hombre, con su título de Psiquiatría por la Universidad de Harvard y su deseo de apoyar causas solidarias. De modo que Mallory pensaba sacar los esqueletos de su armario y mostrárselos al público.

Tal vez entonces su editor la perdonaría por el embarazoso mal paso que había tenido al departamento jurídico del *Herald* luchando contra una demanda que perdieron y a Mallory escribiendo la clase de artículos aburridos que, en general, se les encargaba a los becarios.

—Debería darte las gracias por el artículo que escribiste sobre la charla que di a los alumnos del instituto alternativo de Chesterfield.

Un aburrimiento, definitivamente. Tanto que había terminado enterrado en una de las peores páginas del *Chicago Herald*.

—¿Lo has leído? —le preguntó ella, sorprendida.

—Todos los párrafos —sonrió Logan.

En realidad, Mallory había tenido que rellenarlo con el currículo de Logan Bartholomew para que ocupase un cuarto de página. Ah, cómo echaba de menos trabajar en la sección de política local. Dos meses escribiendo tonterías la tenían como una carnívora en la sección de verduras. Ella necesitaba carne, cuanto más cruda mejor. Y a menos que su instinto se equivocara, Logan era carne de primera calidad.

—¿Hay algo de cierto en los rumores de que el programa de radio va a emitirse a todo el país? ¿O que cierta cadena de televisión te haya hecho una suculenta oferta?

Si le había sorprendido la pregunta, no lo demostró. No parpadeó siquiera.

—¿Piensas publicar mi respuesta?

—Sí, claro.

—Entonces, no.

Mallory levantó una ceja.

—¿Y entre nosotros?

Logan se inclinó hacia ella, lo bastante cerca como para sentir el calor de su piel.

—Sin comentarios.

Mallory tuvo que disimular un escalofrío. Aquel hombre era letal; sexo envuelto en un traje de chaqueta que probablemente costaría un mes de su sueldo. Se había gastado todos sus ahorros en la falda tubo y la chaqueta ajustada que llevaba aquel día, pero no eran de diseño. Evidentemente, estaba en la profesión equivocada… aunque no pensaba cambiar. Le encantaba su trabajo y hasta hacía muy poco siempre había sido lo más satisfactorio y constante de su vida. Y quería que siguiera siendo así.

Echándose hacia atrás en la silla, Mallory sonrió.

—Lo descubriré tarde o temprano. Descubrir los secretos de la gente es lo que se me da mejor.

—Eso me han dicho —replicó él, amablemente—. De hecho, mi representante me llamó para advertirme que tuviera cuidado cuando fuiste a entrevistarme la semana pasada. Según ella, eres un *pitbull*.

—Un *pitbull*, ¿eh? —Mallory se pasó la lengua por los dientes.

—En realidad, dijo que eras un *pitbull* rabioso —rió Logan, como para suavizar la descripción—. Espero no haberte ofendido.

—¿Ofenderme? No, por favor. Esa descripción me halaga.

—No creo que ella lo dijera como un halago.

—Seguro que no —Mallory se encogió de hombros—. Pero yo me lo tomo como si lo fuera. En mi trabajo hay que tirarse a la yugular. Es la única manera de conseguir resultados.

Entonces miró su cuello. Si le quitaba aquella corbata de seda, seguro que Logan Bartholomew tendría un cuello delicioso.

—¿Y fuera del trabajo?

Esa pregunta la sorprendió.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué haces después del trabajo… para relajarte?

—Suelo trabajar hasta muy tarde.

Luego se iba sola a casa y compraba algo de comida por el camino. Y, normalmente, cenaba viendo la televisión antes de quedarse dormida. Sola.

—¿No tienes novio?

—Por el momento, no.

Claro que «por el momento» eran dos años.

—Ah, ya.

—¿Está analizándome, doctor?

—Logan —le recordó él.

—Sí, pero hablas como alguien que tiene un título en psiquiatría.

—Lo siento. Deformación profesional, me temo. Es que me resulta difícil creer que alguien tan inteligente, tan interesante y… en fin, tan atractiva como tú no tenga novio.

—Muchas gracias —sonrió Mallory, intentando disimular el placer que le producían esos halagos.

Inteligente, interesante, atractiva. ¿Qué mujer no querría ser considerada esas tres cosas, especialmente por un hombre tan atractivo como Logan Bartholomew?

Los camareros sirvieron entonces la ensalada y se dispusieron a comer. Durante su primera reunión Logan tenía un tiempo limitado, de modo que sólo había tenido oportunidad de hacerle preguntas sobre la charla que iba a dar. Ahora, como por hablar de algo, le preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué haces cuando no estás en la radio?

—Para empezar, me gusta comer —sonrió él, probando la mezcla de lechugas con vinagreta de frambuesa.

—Y se nota.

Logan era un anuncio de buena salud. Y eso con la ropa puesta… no quería ni imaginar cómo sería sin el traje, pero esa idea la hizo toser.

Logan le dio un golpecito en la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —consiguió decir Mallory—. Estabas diciendo algo sobre la comida.

—Me gusta comer. Y, por esa razón, aprendí a cocinar.

—¿Aprendiste a cocinar en el microondas o aprendiste a cocinar como un *gourmet*…?

—Aprendí a moverme en la cocina —la interrumpió él—. Por ejemplo, esta noche pienso marinar un filete de falda de ternera para hacerlo con arroz y una ensalada verde.

—¿Para ti solo?

—Imagino que sí.

—Estoy impresionada —sonrió Mallory. Y lo estaba—. Yo sólo sé hervir agua, que me viene muy bien porque es un paso importante para hacer macarrones.

—Hay otras maneras de comer, imagino que lo sabrás.

No, no lo sabía. En su limitada experiencia, lo único que había que hacer era calentar agua y añadir los macarrones. Cuando estaban hechos se tiraba el agua, se mezclaba un poco de leche con unos polvos que olían a queso y… *voilá*. La cena.

—He descubierto que cocinar es una válvula de escape estupenda para mi energía creativa —dijo Logan entonces.

Resultaba una admisión sorprendente, pero no era un gran secreto y su editor no le daría muchos puntos por revelar que al psiquiatra favorito de Chicago le gustaba hacer de *chef* en sus horas libres.

—¿Qué otras cosas haces cuando no estás trabajando? Sé que no

frecuentas los sitios de moda.

—Soy un poco mayor para eso.

—Treinta y seis años no es exactamente ser mayor —dijo Mallory.

Especialmente cuando a los treinta y seis años se tenían unos hombros anchísimos, unas caderas estrechas y una buena mata de pelo rubio oscuro.

Los hombros en cuestión se encogieron.

—Las discotecas no son lo mío.

Tampoco eran lo de Mallory. Sí, le gustaba tomar una copa y pasarlo bien de vez en cuando, pero hacía tiempo que se había apartado del mercado de carne en que se habían convertido los bares de moda. Ahora, cuando salía era normalmente con una antigua compañera de facultad para tomar margaritas en un pequeño restaurante mexicano.

—¿Entonces qué es lo tuyo? —le preguntó.

Logan se quedó callado un momento, estudiándola con mirada retadora. Y Mallory se encontró conteniendo el aliento hasta que por fin contestó:

—Me gusta navegar.

—Ah, navegar —murmuró ella, dejando escapar el aire. Pero no podía evitar sentirse decepcionada. A menos que le dijera que guardaba narcóticos en el barco para hacer contrabando, aquella revelación tampoco era noticia—. ¿En un barco quieres decir?

—¿Hay otra manera de hacerlo? —rió él—. Mis padres tenían un catamarán cuando yo era un niño y me encantaba navegar en él, así que me compré un barco hace unos años. Suelo navegar por el lago Michigan tan a menudo como puedo… aunque la temporada aquí es muy corta.

Mallory no se consideraba a sí misma una mujer romántica, pero no tenía el menor problema imaginando a Logan Bartholomew en la cubierta de su barco, timón en mano, navegando sobre las aguas del lago.

—Suena bien —murmuró, casi sin voz. Porras, ¿qué le pasaba?

—Especialmente a primera hora de la mañana. No hay nada como sentarse en cubierta con una taza de café para admirar el amanecer en medio del mar.

Mallory tragó saliva. «Concéntrate», se dijo.

—¿Duermes en el barco?

—Sí, a veces. Se está muy tranquilo sin el estruendo de la ciudad, sólo el ruido de las olas golpeando el casco del barco y el grito ocasional de las gaviotas.

Mallory pensó en el tren elevado que pasaba frente a su apartamento a intervalos regulares. Lo que acababa de decir Logan

Bartholomew sonaba celestial. Pero eso fue antes de imaginarlo con… ¿qué se pondría el doctor Bartholomew para dormir?

—¿Y duermes solo en el barco? Quiero decir… ¿con quién vas a navegar? —Mallory intentó arreglarlo al ver que levantaba las cejas.

La risa de Logan, rica y profunda, provocó un cosquilleo en su espalda, como una piedra rebotando varias veces en el agua.

—¿Estás preguntando si salgo con alguien?

Ella se aclaró la garganta.

—Muchas mujeres solteras que leen el *Herald* se mueren por saber si estás libre.

—Ah, esa maldita encuesta.

—Sí —asintió Mallory—. Pero a todos los hombres de Chicago les gustaría que su nombre apareciese en ella.

—¿Y tengo que darte las gracias a ti por ese favor?

—No, entonces yo no estaba en las páginas de sociedad.

—¿Pero eres una de esas votantes que tan interesadas parecen en mi vida personal?

—No he votado, pero sí estoy interesada en tu vida personal —Mallory sacó cuaderno y lápiz del bolso, que colgaba del respaldo de la silla—. Dime.

—No sabía que estuvieras aquí para hacerme una entrevista.

¿Era censura lo que veía en su mirada o decepción? No le gustaba ni lo uno ni lo otro, pero tampoco estaba dispuesta a echarse atrás. Un «pitbull rabioso», había dicho la representante de Logan. Bueno, pues se había ganado esa reputación por algo.

—Lo siento, es deformación profesional. Y no puedo dejar de pensar que tu historia es mucho más interesante que la del ganador que la asociación Mujeres en Acción ha elegido este año, además.

—¿Ah, sí?

—Eres una celebridad local. Nacido en Chicago, hecho a sí mismo y con mucho éxito. Pero también eres un poco misterioso. Aparte de tu título y algunos detalles sobre tu vida, no se sabe mucho sobre ti.

Logan se cruzó de brazos.

—Soy una persona discreta.

—Y a las lectoras les gusta eso —Mallory inclinó a un lado la cabeza—. Pero tirarles un hueso de vez en cuando siempre viene bien. Ellas son las que escuchan tu programa de radio. En realidad, podríamos decir que les debes tu éxito.

—Bueno, si lo dices así… —Logan seguía sonriendo.

Letal, volvió a pensar ella, mientras sus hormonas correteaban por su cuerpo como las bolas en un bombo del bingo. De repente, Mallory se encontró a sí misma inclinándose un poco hacia él, atraída como la proverbial polilla a la luz.

—¿Y bien?

—No tengo una relación con nadie por el momento.

—Ah.

¿Qué significaba eso? Los hombres, ella lo sabía de primera mano, definían las relaciones de manera muy diferente a las mujeres.

—¿Alguna otra pregunta?

Mallory tenía docenas de preguntas y aquel hombre, su billete para la redención laboral, le ofrecía la oportunidad de hacerlas. Desgraciadamente, con él mirándola de esa forma, se le quedó la mente en blanco.

Mallory agradeció que llegasen los entrantes, que la salvaron de parecer muda por primera vez en su vida profesional.

En silencio, comieron un pollo correoso y un arroz *pilaf* demasiado hecho mientras ella no podía dejar de pensar en el filete de falda. Fue casi un alivio cuando los camareros se llevaron los platos y empezaron los discursos. Salvo que, mientras la presidenta de la asociación hablaba sobre las muchas virtudes del galardonado, por el rabillo del ojo Mallory vio que Logan estaba observándola.

¿Qué estaría pensando?, se preguntó.

Logan no podía dejar de mirar a Mallory Stevens. Hablaba en serio al decir que era inteligente, interesante y atractiva.

Muy atractiva. No, más aún; con esa melena de color castaño enmarcando un rostro ovalado, dominado por el par de ojos más grandes que había visto en toda su vida, era irresistible. Pero, a pesar de ser muy guapa, era su personalidad lo que lo atraía. Le gustaban las mujeres inteligentes, cuanto más inteligentes mejor. Y si además eran guapas… bueno, entonces era una combinación letal. Mallory Stevens tenía las dos cosas, de modo que era un problema.

Logan había conocido a una mujer como ella, años atrás. Se había enamorado locamente, tanto que estuvo a punto de casarse con ella, dispuesto a prometerle amor y devoción eternos. Un mes antes de la boda, sin embargo, su prometida rompió la relación. Felicia decía necesitar tiempo y espacio para pensar, para reflexionar. Pero lo que quedó claro fue que no lo necesitaba a él porque se casó con otro.

Había pasado casi una década desde entonces y había sabido de ella sólo una vez, antes de su boda. Felicia le envió una carta desde Portland, Oregón. En la breve nota le pedía que la perdonase… pero aunque Logan hubiese querido hacerlo no habría podido porque la carta no incluía una dirección ni un número de teléfono. Y, por supuesto, él había entendido la indirecta. Desde entonces, la idea de

comprometerse con alguien lo dejaba frío.

Eso no significaba que no le gustasen las mujeres. Sólo que nunca dejaba que ninguna relación se convirtiera en algo serio.

De nuevo, volvió a mirar a Mallory, que estaba tomando notas, absorta en el aburrido discurso del galardonado. Y, mientras la observaba, su interés, entre otras cosas, se acrecentó.

Un *pitbull* rabioso.

Su representante había insistido en que debía alejarse de aquella periodista. Mallory Stevens tenía fama de arruinar la vida de la gente, según Nina Lowman. Y, tal vez era una vena masoquista, pero Logan lo consideraba un reto. Además, él sabía manejarse con los periodistas. Llevaba haciéndolo desde que su programa de radio llegó a los primeros puestos del ranking.

De modo que cuando el galardonado bajó de la tarima, se inclinó un poco hacia ella para hablarle al oído:

—Tú me has hecho preguntas y yo tengo una para ti.

—¿Ah, sí?

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Mallory parpadeó, sorprendida. ¿Por qué hasta que recelase de él le parecía *sexy*?, se preguntó Logan.

—Terminar de escribir el artículo sobre este galardón. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo tardarás en hacerlo?

—¿En escribir esto? —preguntó ella, desdeñosa. Y no era la primera vez que Logan se preguntaba por qué una periodista reputada como ella estaba cubriendo una historia de tan poca importancia—. Necesito un par de frases del galardonado, un comentario de alguien del comité y un par de párrafos resumiendo por qué han elegido este año a quien han elegido.

—En otras palabras, que podrías escribirlo dormida —concluyó él.

Mallory sonrió.

—Tardaré una hora, dos como máximo. ¿Por qué?

Logan sabía que estaba jugando con fuego y él no era así. Aunque le gustaban los retos, no solía arriesgarse tontamente. Y, sin embargo, se oyó a sí mismo preguntar:

—¿Has visto alguna vez la ciudad desde el agua?

—No —contestó ella.

—Yo atraco mi barco, el *Tangled Sheets*, en el club náutico. Y pienso salir a navegar a las cinco.

Algo brilló en sus ojos oscuros. ¿Interés? ¿Emoción? Logan se preguntó si era la mujer o la periodista quien estaba interesada. Y, sorprendido, descubrió que le daba igual.

—¿Qué club? En Chicago hay más de uno.

Logan no pensaba ponérselo demasiado fácil, de modo que se

levantó de la silla.

—Tú eres periodista, Mallory. Si quieres verme, lo descubrirás por tu cuenta.

Capítulo 2

A pesar de llevar una blusa de tonos claros y un pantalón capri por encima de los tobillos, Mallory estaba derritiéndose de calor cuando llegó al club donde Logan Bartholomew atracaba su barco. Y no ayudó nada que hubiera tenido que ir corriendo desde la parada del metro. Tenía coche, pero era más fácil viajar en transporte público que tener que buscar aparcamiento.

Había escrito el artículo después del almuerzo y se lo envió a su editor sin leerlo dos veces y sólo después de haber pasado el corrector a toda prisa. Ella no solía hacer las cosas así, especialmente por un hombre. Claro que Logan Bartholomew era mucho más que eso para ella. Era un artículo.

«Su artículo» la dejó sin habla cuando lo vio de pie sobre la cubierta del barco; la luz del sol que se reflejaba en las aguas del lago Michigan dándole un aspecto casi fabuloso.

Estaba de espaldas a ella, el móvil colocado entre el cuello y el hombro, de modo que Mallory se tomó su tiempo para estudiarlo.

También Logan se había cambiado de ropa y, en lugar del traje de chaqueta que había llevado durante el almuerzo, llevaba una camisa de manga corta que mostraba unos brazos musculosos y fuertes y un pantalón de *sport* que marcaba un firme y bien definido trasero. Mallory tuvo que abanicarse. Maldito calor. Aunque era el mes de junio, el termómetro debía estar por los treinta grados a la sombra.

La brisa le llevó las palabras de Logan entonces…

—No debes preocuparte… no, en serio. ¿Conoces el dicho «mantén cerca a tus amigos y más cerca a tos enemigos»? —lo oyó reír después—. Exactamente… sí, yo te llamaré.

Después de cortar la comunicación se dio la vuelta y, al ver a Mallory, sus mejillas se oscurecieron.

—No sabía que estuvieras aquí.

—Evidentemente.

Mallory podría haber fingido no haber oído nada. Habría sido lo más adecuado, pero ella era una reportera y eso significaba que la curiosidad siempre era más importante que el trato amable.

—Y dime una cosa, Logan Bartholomew: ¿yo qué soy, amiga o enemiga?

Logan recuperó la serenidad con asombrosa rapidez. Claro que era un veterano de la radio y hacía un programa en directo todos los días, de modo que le resultaba fácil caer de pie.

—¿Qué te consideras tú? —le preguntó.

—Ah, muy inteligente darle la vuelta a la pregunta. ¿Eso es lo que os enseñan en la facultad de Psiquiatría?

—Entre otras cosas —rió él, tomando su mano para ayudarla a subir a bordo.

Su mano era cálida y agradable a pesar del calor, de modo que fue una pena que la soltase… aunque hubiera sido un poco ridículo alargar el contacto.

—Bueno —dijo Mallory para llenar el silencio.

—Bueno —sonrió Logan. Pero había dado un paso atrás y le gustó saber que también ella lo ponía nervioso—. No sabía si vendrías o… si encontrarías el sitio —dijo luego, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Aunque había más de un club náutico en Chicago, no le había costado mucho encontrarlo porque su barco estaba registrado. Además, aquel club databa del siglo XIX y era el más antiguo y el más exclusivo de la ciudad; el sitio perfecto para un hombre famoso a quien le gustaba que lo dejasen tranquilo.

Mallory señaló una botella de vino que había sobre una mesa.

—Yo diría que me esperabas.

Logan se encogió de hombros.

—Esperaba que vinieras, sí. Además, contaba con tu instinto de periodista.

—Yo también cuento con él y rara vez me falla.

—¿Debería ponerme nervioso?

—Dímelo tú.

—Supongo que eso depende de por qué estés aquí.

—Tú me has invitado —le recordó Mallory.

—Sí, es verdad.

En realidad, Mallory seguía perpleja por la invitación; era una de las razones por las que había acudido. ¿Qué tendría Logan Bartholomew en mente?

—¿Por qué? —la pregunta rompió el silencio con la delicadeza del grito de una gaviota.

—¿Perdona?

—¿Por qué me has invitado?

—Ah, bueno, veo que eres muy directa —rió Logan.

Mallory se encogió de hombros.

—No me gusta andarme con rodeos.

—No, ya imagino —Logan señaló su móvil—. Mi representante también quería saber la respuesta a esa pregunta.

—¿Y qué le has dicho, además de que no se preocupe?

—En realidad, no le he dado una respuesta.

—Aparte del dicho de los amigos y los enemigos —sonrió

Mallory.

—Además de eso —asintió él—. Pero dime, ¿por qué has venido? Y sí, ya sé que estoy haciéndolo otra vez.

—Curiosidad —respondió Mallory—. ¿Cómo podía dejar de venir cuando te encuentro tan… misterioso?

—Ah, me siento halagado. Especialmente si eso lo dice la mujer más que la periodista.

—Son la misma persona.

Logan asintió con la cabeza, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Estás segura?

Lo estaba o, al menos, lo había estado hasta que Logan clavó su mirada en ella. El barco se movía ligeramente, un balanceo suave que le recordaba la cama de agua que había tenido cuando era adolescente. Entonces dormía como un bebé, ahora tenía suerte si dormía dos horas seguidas antes de abrir los ojos y empezar a recordar las cosas que tenía que hacer, junto con los objetivos profesionales que se había impuesto.

—Me encantaría una copa de vino —le dijo, para cambiar de tema.

—A mí tampoco me importaría —sonrió Logan, sirviendo dos copas—. ¿Cómo me has encontrado? Sólo pregunto para evitar que otros periodistas hagan lo mismo.

—Lo siento —se disculpó ella, tomando un sorbo de Merlot—. Aunque me gustaría ayudarte, y también mantener lejos a otros periodistas, no puedo revelar mis fuentes.

Él asintió con la cabeza.

—¿Los periodistas no hacen eso?

—Como los magos no revelan sus trucos cuando cortan a su ayudante por la mitad —rió Mallory.

La sonrisa de Logan se volvió más juvenil entonces…

—Siempre he querido saber cómo hacían eso.

—Yo sí lo sé —Mallory no pudo evitar presumir—. Nada más terminar la carrera me asignaron un artículo sobre un tipo que hacía trucos de magia en un club nocturno. Y después de la entrevista me enseñó cómo lo hacía.

—Pero no vas a contármelo, ¿verdad?

—¿Y arruinar la ilusión?

—Ya, claro —rió Logan—. Bueno, ¿tienes hambre?

—Sí, un poco.

De hecho, estaba muerta de hambre. Apenas había probado el almuerzo y el desayuno, una tostada con mantequilla al amanecer, era un lejano recuerdo.

—He hecho la cena.

—¿La carne marinada que me dijiste? ¿De verdad cocinas aquí?

—Hago la carne en ese *grill* portátil y el resto lo he preparado en la cocina.

La cena que había descrito durante el almuerzo sonaba como algo *gourmet*, de modo que Mallory preguntó con tonto receloso:

—¿Tienes un horno abajo?

—Puede que el sitio sea pequeño, pero en mi barco tengo todo lo que necesito.

¿Por qué esa simple frase aceleró su corazón?

—¿Todo? —le preguntó, aclarándose después la garganta—. Quiero decir… ¿cómo es posible? ¿Cuántos metros tiene esto… diez?

—Son doce metros de eslora —contestó él—. Pero te sorprendería saber todo lo que se puede poner en tan poco espacio usando la imaginación. ¿Quieres verlo?

—Me encantaría —dijo Mallory. Aunque la idea de bajar con él al camarote la ponía repentinamente nerviosa. «Es un artículo», se recordó a sí misma por enésima vez.

Afortunadamente, Logan le dio un respiro.

—¿Puedes esperar hasta después de la cena?

—Sí, claro. No tengo prisa.

Mallory se sentó a la mesa y, ya que lo tenía todo bajo control, dejó que él la sirviera. Más que eso, decidió, cuando volvió a subir unos minutos después con dos platos fabulosamente presentados. Aquello podría aparecer en la portada de la revista *Bon Appetit*.

—Si el sabor es tan bueno como el aspecto, me vas a dar una alegría.

Y lo decía en serio. Aunque desvelando las habilidades culinarias de Logan Bartholomew nunca conseguiría un premio Pulitzer, y tampoco el perdón de su editor, era difícil no admirar a un hombre que podía hacer una cena de cinco tenedores en un barco, con ese calor y sin sudar siquiera.

—Gracias —sonrió Logan, sentándose frente a ella.

—Mmm… está riquísimo —exclamó Mallory después de probarlo—. Tenemos que brindar por el *chef*.

—Eso es todo un halago viniendo de ti. Tengo la impresión de que no eres la clase de mujer que suele ir por ahí regalando elogios.

—Sólo cuando se merecen.

Logan tomó un sorbo de vino, sonriendo.

—Pues ya verás cuando pruebes la tarta de manzana y canela que he hecho de postre.

¿Una tarta casera de postre? Mallory no daba crédito.

—¿Tan buena es?

—Mejor —le aseguró él, haciéndole un guiño que fue directo a su libido—. Olvídate de los elogios, te vas a quedar sin palabras.

—Pues sería la primera vez —rió ella—. Pero tú ya has demostrado ser un hombre de muchos talentos.

—Y estoy deseando mostrarte uno de ellos más tarde.

—¿Ah, sí?

—Me refiero a navegar —Logan le regaló una sonrisita irónica. Evidentemente, sabía en qué estaba pensando y Mallory se alegraba de poder inspirar tales pensamientos.

Mientras cenaban, la conversación giró, o fue dirigida, hacia su vida personal. A ella no le gustaba hablar de sí misma pero, como periodista, había descubierto que revelar algunos detalles de su pasado a menudo ayudaba a que sus entrevistados se relajasen. De modo que cuando Logan le preguntó si había nacido en Chicago, contestó:

—No, en realidad nací en un pueblecito de Massachussets.

—¿Y qué te trajo a Chicago?

—La universidad. Estudié en Northwestern con una beca.

—Y luego te contrataron en el *Herald*.

—Pasé los tres primeros meses después de terminar la carrera trabajando gratis como becaria, a la espera de que el editor se fijara en mi trabajo y me ofreciese un puesto. Entonces había mucha competencia.

—Y tú querías asegurarte un sitio tarde o temprano. Muy industriosa, aunque un poco arriesgada —sonrió él—. ¿Y qué pensaron tus padres de tu decisión de trabajar gratis?

—Mi madre pensó que había perdido la cabeza.

—No me digas. ¿Por qué?

Mallory soltó una carcajada.

—No lo decía literalmente, doctor Bartholomew.

—Mejor, porque no estoy en horas de consulta —rió él—. ¿Y bien?

Su mirada era directa y, sin embargo, la hacía sentir… segura. Tenía la impresión de que podría contarle cualquier cosa y él no la juzgaría como lo hacía su madre.

—Mi madre pensó que estaba haciendo una tontería. Ella quería que fuese económicamente independiente y no veía cómo iba a llegar a ningún sitio trabajando sin un sueldo. Es algo que me ha repetido mil veces desde que mi padre desapareció.

—Ah, lo siento. ¿Ha muerto?

—No —contestó Mallory, intentando disimular la amargura que provocaba ese tema—. Mi padre no está muerto, pero es como si lo estuviera. Se divorciaron hace muchos años.

—¿Qué edad tenías tú?

—Once años. Mi madre no había trabajado hasta entonces y le costó mucho encontrar algo porque no tenía estudios. Por eso, lo

más importante para ella es que yo no dependa nunca de ningún hombre.

Mallory alargó la mano para tomar la copa de vino, aunque sólo fuera porque así tendría que callarse. La única persona a la que le contaba esas cosas era su amiga Vicki, su antigua compañera de facultad.

Y como imaginaba lo que Logan debía estar pensando, decidió adelantarse:

—Ésa no es la razón por la que estoy enamorada de mi trabajo. La verdad es que me gusta mucho.

—No lo dudo.

Bien, había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Y tu familia, tienes hermanos?

—Un hermano y una hermana, más jóvenes que yo.

—¿Y tus padres siguen juntos? —Mallory sabía que seguían juntos porque había estado investigando un poco en Internet, pero decidió disimular.

—Sí —sonrió Logan, nostálgico—. Llevan cuarenta años juntos y aún pasean de la mano.

—Y, sin embargo, tú tienes treinta y seis años y sigues soltero. ¿Por qué?

El rostro de Logan se ensombreció durante un segundo, pero volvió a sonreír enseguida. ¿Qué era aquello, un mecanismo de defensa?

—Supongo que podríamos decir que yo no he tenido tanta suerte.

Tampoco ella, pensó Mallory. ¿Pero por qué alguien con tan buen ejemplo de unión familiar parecía tan tímido con respecto al matrimonio? Tendría que investigarlo. Más adelante.

—¿Tus hermanos siguen viviendo en Chicago?

Sabía que sus padres sí vivían allí. Los Bartholomew solían aparecer en las páginas de sociedad del periódico.

—Mi hermana Laurel estudia en la Universidad de Loyola. Está a punto de cumplir los treinta y lleva en la universidad más de una década, pero va de una carrera a otra sin decidirse nunca. Mis padres ya no saben qué hacer con ella. Luke, mi hermano, tiene un restaurante.

—¿Aquí?

—El Berkley Grill, a unas manzanas del puerto.

—¡Me encanta ese sitio! —exclamó Mallory—. Especialmente el sándwich de champiñones al grill con queso provolone.

—También es uno de mis favoritos.

—¿Tu hermano es el *chef*?

—No, qué va. Como yo, tiene buena mano en la cocina, pero es

un empresario —sonrió Logan—. El restaurante necesitaba una carta nueva, una renovación en el comedor y una estrategia de marketing para capitalizar el turismo de la ciudad, de modo que decidió comprarlo. Y le va muy bien, incluso en estos tiempos de crisis. Además, ha salido varias veces en las mejores revistas gastronómicas…

—¿Tú haces publicidad del restaurante en el programa de radio?

—No, no, eso no sería muy ético. Además, mi hermano no necesita ayuda.

Mallory asintió con la cabeza.

—¿Te decepciona esa respuesta?

—No, ¿por qué?

Logan no contestó directamente. En lugar de eso, le hizo una nueva pregunta:

—¿Por qué decidiste ser periodista?

—Por curiosidad. Me gusta saber por qué ocurren las cosas, por qué la gente toma las decisiones que toma… no soy feliz hasta que llego al fondo de las cosas.

—¿Entonces por qué estabas cubriendo el almuerzo de hoy? Allí no había mucho que contar.

—Es una penitencia —suspiró ella, sin pensar.

Esperaba que Logan le preguntase a qué se refería pero, igual que la había sorprendido con lo del barco, la sorprendió ahora cambiando de tema:

—¿Lista para el café y el postre?

—No, sólo café —sonrió Mallory, levantándose para ayudarlo a quitar los platos.

—¿Dejamos el postre para otro día?

Buena idea. Así tendría una excusa para verlo de nuevo. Otra oportunidad de buscar alguna historia interesante en su pasado.

—Muy bien.

En la cocina del barco había un fregadero, un horno, un microondas y dos armarios de teca que, además de ser funcionales, resultaban muy elegantes. Al otro lado, un banco tapizado frente a una mesa larga, un sofá, dos sillones y una puerta que debía dar al camarote ya que la del cuarto de baño tenía un cartelito indicador.

—Es muy bonito.

Y lo decía en serio. Mallory no sabía mucho sobre barcos, pero la brillante madera y los tonos suaves de las telas le daban un aspecto muy acogedor.

—Gracias. Fue construido en 1970.

—Pues o alguien ha cuidado muy bien este barco o ha sido restaurado hace poco.

—Lo último —sonrió Logan—. ¿Azúcar y leche?

—No, lo tomo solo.

—Básicamente lo renové de arriba abajo, pero aún sigo haciendo alguna que otra chapuza los fines de semana.

Trabajo duro o no, estaba claro que le gustaba hacerlo. Y Mallory entendía por qué. Logan no parecía el tipo de hombre que se ponía a trabajar martillo en mano, pero evidentemente sabía lo que hacía. Aunque las herramientas y los trajes de chaqueta italianos no solían ir juntos. De modo que, como había pensado, Logan Bartholomew era un enigma.

—¿Dónde aprendiste a renovar barcos?

—Una de las aficiones de mi padre es la carpintería y siempre se le ha dado bien todo tipo de reparación. Mi hermano y yo pasábamos mucho tiempo con él en el taller que tenía en casa, ayudándolo, así que aprendí algo.

—Ya veo.

—Pareces sorprendida.

—Sí, un poco. No pareces el tipo de hombre…

—¿Mañoso?

Logan dejó la taza de café y levantó las manos.

Sus dedos eran largos, elegantes, pero tenía callos en las palmas. Era un hombre enigmático, pero Mallory no estaba intentando descifrarlo en ese momento. Estaba mirando esas manos y preguntándose cómo serían rozando su piel…

Nerviosa, intentó concentrarse.

—¿Por qué no compraste uno nuevo?

—No lo sé. Imagino que repararlo me parecía un reto. Además, el barco tenía muy buena estructura y una historia estupenda. Su antiguo propietario lo había llevado desde Massachussets hasta St. Thomas el año antes de que yo lo comprase y estuvo a punto de perderlo debido a un huracán.

—De modo que tu barco es un superviviente y tú decidiste… resucitarlo.

—Eso es. Pero te aseguro que no tengo un ego de tamaño gigante ni nada parecido —rió Logan.

—Pero estudiaste psiquiatría… ¿por qué? ¿Querías salvar a la gente?

—Quería ayudar a la gente —la corrigió él, arrugando el ceño—. La mayoría de las personas son capaces de dirigir sus vidas. Sólo necesitan una guía para reconocer las herramientas que tienen en la mano y que alguien les enseñe a usarlas.

—Interesante analogía. Se nota que eres hijo de un carpintero.

—Sí, claro —rió él—. Bueno, ¿lista para navegar?

—Por supuesto. Para eso he venido.

Capítulo 3

Logan maniobró el barco y, una vez lejos del puerto, le pidió a Mallory que lo ayudase a izar las velas. Podría haberlo hecho él solo porque era lo que solía hacer, pero no resultaba fácil y le restaba algo de placer al pasatiempo.

Placer.

Eso era lo que estaba experimentando con Mallory Stevens mientras el barco se deslizaba sobre las aguas del lago Michigan. Él raramente compartía el *Tangled Sheets* con nadie. Era su retiro privado, su huida no sólo de las prisas de la ciudad sino de la fama y de los periodistas que ahora lo perseguían. Periodistas mucho menos peligrosos que Mallory Stevens… al menos según su representante.

Nina Lowman lo había hecho prometer que la llamaría más tarde, aparentemente para demostrar que había sobrevivido a su encuentro. Aun así, no lamentaba su decisión de invitar a Mallory a bordo.

Atribuía la invitación al hecho de llevar meses sin la compañía de una mujer. No, llevaba meses sin la compañía de una mujer interesante, tal vez años incluso. El último de sus ligues… y «ligue» era una palabra demasiado generosa para definirlo, había sido una chica de la alta sociedad de Chicago que resultó ser tan superficial y vacía como guapa. Tonya podía ser estimulante en muchos aspectos, pero la conversación no era uno de ellos.

A Logan le gustaban las mujeres inteligentes y divertidas; mujeres que pudiesen jugar al ajedrez y al *strip-póquer*, por ejemplo. Y estaba seguro de que Mallory sabría jugar a ambas cosas.

De modo que no era una sorpresa que lo estuviese pasando bien aquella tarde. Y lo mejor era que Mallory también parecía encantada. En aquel momento estaba apoyada en la borda, con los ojos cerrados, dejando que el viento moviera su pelo. La fina arruguita entre sus cejas había desaparecido y una sonrisa curvaba sus labios…

Por primera vez desde que la conoció parecía auténticamente relajada y, por lo tanto, más atractiva. Y eso era decir mucho porque Mallory era una mujer muy guapa, auténticamente guapa, sin pretensiones ni artificios. Por supuesto, podía permitirse el lujo de no maquillarse o maquillarse muy discretamente. Tenía unas pestañas increíblemente largas y espesas, rodeando un par de ojos castaños llenos de secretos. No necesitaba ningún otro adorno.

Pero un hombre podría perderse en esos ojos si no tenía cuidado. Afortunadamente, Logan no tenía intención de perderse en ningún sitio, por mucho que disfrutase del reto de estar con ella.

Mallory se volvió entonces para mirarlo, como si no se sintiera incómoda o extraña sabiendo que él había estado observándola. Y Logan tuvo que tragar saliva, un poco nervioso a su pesar.

—Probablemente debería pedirte disculpas por haberme quedado mirando tan descaradamente. Y si fueras otro tipo de mujer, lo haría.

—¿Otro tipo de mujer? —repitió ella.

—Más… apocada.

—Apocada —sonrió Mallory—. No es una palabra que se oiga mucho en nuestros días. Es un poco anticuada, ¿no?

—Exactamente.

—Pero yo no soy anticuada.

No, desde luego. Mallory Stevens era una chica moderna, una mujer de mundo. Pero no era dura. Y cuando le habló del divorcio de sus padres le había parecido casi vulnerable.

—Y tampoco soy apocada.

Por su tono, era imposible saber si se sentía insultada o no, pero Logan decidió que no.

—Y por eso no siento el deseo de fingir contigo. Puedo decir tranquilamente lo que pienso.

—¿Y eso es bueno o malo? —sonrió ella.

—Algo bueno. Definitivamente, algo bueno.

Mallory rió, un sonido femenino, un poco ronco.

—Yo podría preferir cierta… discreción de vez en cuando. Veo tan poca en mi vida profesional. Subterfugios sí, todo el tiempo, pero son gajes del oficio.

—No estamos hablando de trabajo.

Interesante, pensó Logan, cómo volvían a ese tema. Interesante y un poco aterrador.

Mallory sonrió.

—No, es verdad.

—¿Preferirías que fingiese que no te encuentro increíblemente *sexy*?

Ella parpadeó. La había pillado desprevenida. Lo había hecho un par de veces esa tarde. Y tal vez era su ego masculino, pero le gustaba saber que podía hacerlo.

—¿Y bien?

—Estoy intentando buscar una respuesta discreta.

—¿Y no la encuentras?

Mallory se aclaró la garganta.

—Bueno, debes admitir que es una pregunta difícil de contestar.

La clase de pregunta que a ella se le daba bien formular, claro, pero Logan se guardó esa observación para sí mismo.

—Y yo pensando que no eras de las que se mostraban apocadas.

—Si te digo que no, pensarás que estoy jugando. Y si te digo que sí, me acusarás de ser una vanidosa.

—¿Tú crees?

—Me has arrinconado y eso no me gusta.

—Lo siento, no me había dado cuenta.

—Sí te habías dado cuenta.

Logan tuvo que sonreír.

—Sí, bueno, es verdad. Pero, en mi defensa, siento una enorme curiosidad por tu respuesta.

El viento sacudía su pelo y Mallory lo apartó con la mano.

—Dígame, doctor Bartholomew, ¿a qué mujer no le gusta que le digan que es *sexy*?

Era una pregunta y no una respuesta, pero lo dejó pasar.

—Para tu información, creo que he dicho «increíblemente *sexy*». Si vas a citarme… —Logan no terminó la frase, en parte porque las palabras no eran necesarias, pero sobre todo porque Mallory se había puesto pálida de repente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —contestó ella, apoyándose en la borda—. Parece que aún no estoy acostumbrada al barco.

Logan estaba seguro de que no era eso lo que había provocado su palidez, pero no dijo nada.

—No me has contestado.

—¿Qué debo decir?

—Se me ocurren un par de sugerencias…

—Lamento decepcionarte, pero apocada no es sinónimo de «promiscua».

Logan chascó los dedos, burlón.

—Lástima.

—Si hablaras en serio tendría que tirarte por la borda.

Logan no dudaba que lo intentaría. Incluso podría hacerlo, aunque fuese mucho más pequeña que él.

—¿Y cómo volverías al club?

Mallory se cruzó de brazos.

—Ya me las arreglaría.

Seguro que sí. Mallory Stevens era una superviviente. Él había conocido a muchos supervivientes en su consulta, antes de dedicarse a la radio. Aunque admiraba su habilidad de perseverar y saltar todos los obstáculos, en algunos casos los supervivientes eran personas muy solitarias, personas que no necesitaban a nadie.

—Es hora de volver al puerto.

—Oye, que lo de tirarte por la borda era una broma —rió

Mallory.

—Lo sé.

—Pero te has puesto nervioso.

—No, no es eso.

—Ya.

—Quedan pocas horas de luz y no me gusta navegar en la oscuridad. Además, tengo que terminar de preparar el programa de mañana —dijo Logan.

No era mentira del todo. Además de escuchar las llamadas de los oyentes, incluía en su programa un segmento sobre temas de salud mental y al día siguiente pensaba hablar sobre los ataques de pánico.

Mallory insistió en echarle una mano, como si fuera vital para ella saber qué tenía que hacer para volver a puerto. Una superviviente, pensó Logan de nuevo.

—Cuidado con el mástil o serás tú quien caiga por la borda.

—Sí, mi capitán —sonrió Mallory. Cuando estaban llegando al puerto lanzó un silbido al ver la panorámica de Chicago con el sol poniéndose entre los rascacielos—. Ésa sí que es una vista de un millón de dólares.

—Desde luego. ¿Quieres tomar el timón?

—Lo dirás de broma.

—No, no. Nunca bromeo cuando se trata de mi barco.

—Entonces, sí —Mallory se colocó frente al timón, las piernas separadas para mantener el equilibrio, las manos sobre la rueda de madera que Logan había pasado horas lijando y pintando.

Aunque no había necesidad, Logan se colocó tras ella y puso sus manos sobre las suyas.

—¿No confías en mí?

—Sí, claro que sí —murmuró él, inclinando la cabeza para hablarle al oído—. Sólo estoy buscando una buena excusa para tocarte.

¿Había provocado un escalofrío? No era fácil saberlo ya que la voz de Mallory sonaba absolutamente calmada cuando le preguntó:

—¿Necesitas una excusa?

—Aparentemente.

—Qué pena. Tal vez deberías ver a un médico para hablar de tu… timidez con las mujeres competentes.

—¿Tú crees?

—Conozco a un famoso psiquiatra que podría ayudarte.

—¿Ah, sí? —la mejilla de Logan rozaba la suya—. ¿Tú crees que debería pedir cita?

—No, me temo que está muy ocupado. Es famoso.

—Ah, ya.

—Pero podrías llamar a su programa de radio. Todo Chicago lo escucha.

—No olvides el resto del área metropolitana.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Él es el salvador de los que viven en las afueras. ¿Quién sabe cuántos casos de furia matutina provocada por los atascos ha evitado con sus serenas y sabias palabras? Cientos diría yo.

—Incluso miles —sonrió Logan—. Ahora entiendo que se rumoree lo del programa de televisión.

Mallory se quedó helada.

—¿En serio?

¿Aquella mujer no dejaba nunca de trabajar?, se preguntó Logan.

—Es un rumor. Tristemente, no está confirmado.

Se sintió un poco culpable por tomarle el pelo… hasta que Mallory se dejó caer sobre su pecho. Entonces sólo sintió… a ella. Más exactamente, sintió la vibración de su risa.

—Seguro que ese psiquiatra podría ayudarte.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por lo que he leído sobre él en los comunicados de prensa, puede hacer casi todo.

También Logan había leído esos comunicados de prensa, que le había enviado su representante, y sabía a qué se refería. Los comentarios excesivamente elogiosos hacían que se sintiera incómodo porque, aunque una vez había creído tener un don para ayudar a los demás, últimamente tenía la impresión de que se limitaba a entretenerlos durante unas horas a través de la radio.

—¿Y si el renombrado doctor Bartholomew fuese sólo un hombre?

—¿Sólo un hombre?

—Un ser humano como los demás.

—¿Estás diciendo que no es infalible?

—¿Eso sería tan difícil de creer?

Mallory rió de nuevo.

—Después de leer los comunicados de prensa, sí.

—Olvida lo que has leído —dijo Logan entonces, poniéndose serio—. Toma tu propia decisión.

Mallory se volvió para mirarlo, sin soltar el timón. Los últimos rayos de sol destacaban los reflejos cobrizos en su pelo…

—Yo siempre tomo mis propias decisiones, Logan Bartholomew.

Algo brillaba en sus ojos y Logan quería creer que era la misma atracción que sentía él. Pero cuando por fin pudo apartar la mirada fue una sorpresa comprobar que estaban llegando a puerto.

—Tenemos que arriar las velas.

Una vez en el muelle la ayudó a saltar del barco. Aunque Mallory no necesitaba ayuda. En realidad, era la clase de mujer que nunca necesitaría ayuda… o al menos no la pediría. Pero quería tocarla y se alegró cuando ella aceptó su mano.

Resultaba raro decirse adiós en el muelle porque Logan era la clase de hombre que solía acompañar a una mujer hasta la puerta de su casa. Mallory podría no ser anticuada, pero aun así…

—¿Quieres que te acompañe?

—No, por favor. He llegado aquí por mi cuenta.

—¿En el tren? Si esperas un momento, puedo llevarte a casa.

—No, en serio, no te preocupes por mí. Sé llegar sola a mi apartamento —ella sonrió, inclinando a un lado la cabeza—. Pero gracias. La oferta es muy… agradable.

—No es menos de lo que tú mereces.

—Sí, ya… —Mallory se apartó el pelo de la cara. ¿Halagada? ¿Sorprendida?—. Gracias por llevarme a navegar. Ha sido estupendo, una experiencia que no olvidaré nunca.

—Me alegra saberlo.

Mallory señaló los rascacielos que estaban tras ellos.

—Me encanta esta ciudad, creo que me alimento de su energía. Pero esta noche… no esperaba pasarlo tan bien mientras me alejaba de ella.

Logan sabía muy bien a qué se refería.

—Me alegro aún más.

—Buenas noches, Logan.

—Buenas noches —dijo él—. Oye, Mallory… me gustaría volver a verte.

—¿Ah, sí? ¿Para mantener cerca al enemigo?

—No.

—¿Entonces por qué?

La pelota estaba en su tejado y Logan se puso muy serio antes de tomarla entre sus brazos.

—Por esto.

Luego buscó su boca sin que Mallory pudiera protestar. Aunque debería haber sabido que no protestaría. ¿No habían dejado claro que no era apocada? Como esperaba, ella se puso de puntillas y le devolvió el beso con la misma pasión.

Zip. Zap. Zing.

Aquella mujer podría ser su ruina, pero a Logan no le importaba. Porque no se había sentido tan vivo en muchos años.

Capítulo 4

El beso no dejaba de dar vueltas en su cabeza mientras esperaba el tren. En realidad, era lo único que podía pensar.

Logan Bartholomew sabía besar, desde luego.

Una esperaba algo más que mera aptitud en un hombre como Logan, pero lo que no había esperado eran los fuegos artificiales. Y no unos fuegos artificiales normales, sino de los que iluminaban toda la ciudad el día de la Independencia. Y seguían explotando en el cielo, las chispas cayendo sobre su ardiente carne… especialmente cuando recordaba cómo había respondido ella.

Se había agarrado a Logan como la hiedra.

Aquel hombre era un artículo, se recordó a sí misma. Y cenar con él en el barco había sido muy poco profesional, pero no había hecho caso de su conciencia, diciéndose a sí misma que estaba con él para… investigar. Claro que la investigación no incluía besarlo. Había cruzado la línea divisoria con el beso.

Aunque el sol aún no se había puesto, la temperatura seguía siendo elevada y ella estaba demasiado inquieta como para ir a un apartamento con el aire acondicionado estropeado.

No, no pensaba quedarse sentada en su apartamento pensando en la maravillosa boca de Logan y en su sorprendente falta de profesionalidad. De modo que optó por volver a la oficina.

No era la primera vez que se encontraba por la noche en el vestíbulo *art decó* del edificio del *Herald* en Grand Avenue. De hecho, era famosa por quedarse dormida en el sofá del vestíbulo cuando algún artículo la obligaba a trabajar hasta tarde.

—Hola, jovencita —la saludó el guardia de seguridad.

«Jovencita». A veces Mallory se sentía absolutamente anciana, aunque aún no había cumplido los treinta años. Y esa noche era una de esas veces.

—Hola, Joe.

—Los Cubs están a punto de ganar el partido —le informó el guardia mientras esperaba el ascensor—. Si ganaran esta noche quedarían los primeros de la clasificación, por delante de los Sox.

—No pienso cambiar de equipo —replicó ella, que había sido fan de los Sox incluso antes de mudarse a Chicago—. Aunque mis chicos acabasen los últimos y los Cubs llegasen al mundial, no me encontrarías animándolos. La lealtad sigue existiendo, no sé si lo sabes.

El hombre le guiñó un ojo.

—Seguro que cambias de opinión.

—Ni muerta —rió Mallory.

El silencio la recibió cuando llegó a la segunda planta. El *Herald* era un periódico vespertino, de modo que a esa hora de la tarde sólo quedaban un par de compañeros, incluyendo el que cubría la sección de sucesos. Había una televisión encendida en alguna parte y podía oír voces estáticas desde el escáner de la policía.

Mallory respiró el aroma a tinta y tabaco. Estaba prohibido fumar allí desde unos años atrás, pero ni siquiera una capa de pintura y moqueta nueva podían borrar el olor a tabaco de años.

Se habían formado muchas carreras periodísticas en aquella sala. Y Mallory no pensaba abandonar el sueño de llegar a lo más alto sin pelear.

Intentando olvidarse del beso de Logan, sacó una lata de coca-cola sin cafeína de la máquina y se dirigió a la biblioteca. En la jerga del periódico, la biblioteca era también conocida como el depósito de cadáveres. Y esa noche estaba absolutamente silenciosa.

Las nuevas tecnologías hacían posible el acceso informático a todos los artículos y fotografías que el periódico había publicado en los últimos años, una de las razones por las que en lugar de dar empleo a seis personas ahora el *Herald* sólo empleaba a dos, uno de los cuales trabajaba sólo a tiempo parcial. El sistema informático llevaba cinco años en funcionamiento, pero todo lo demás estaba guardado en microfilms o en carpetas individuales archivadas por el nombre del autor y el título del artículo.

Mallory buscó los archivos de los reporteros que habían cubierto la vida social de Chicago durante las últimas tres décadas. Logan había nacido en Chicago y sus padres solían aparecer en alguna cena benéfica y cosas parecidas.

Pero dos horas después se frotaba los ojos, agotada. No había encontrado nada más controvertido que una fotografía de su padre bautizando el barco de una empresa que ahora hacía la competencia a la que patrocinaba el programa de radio de Logan.

Estaba dispuesta a marcharse cuando vio una carpeta titulada *Anuncios de compromisos* que alguien había guardado equivocadamente en el archivo.

Entonces se le encendió la bombilla. Logan no estaba casado ahora, ¿pero lo habría estado en algún momento?

Su pregunta fue contestada cuarenta y cinco minutos después, cuando encontró una página amarillenta en la que se anunciaba el compromiso de Logan Reed Bartholomew con Felicia Ann Grant. Logan tenía diez años menos en la foto, pero parecía el mismo… aunque con el pelo un poco más largo y el rostro menos anguloso. La mujer que estaba a su lado sonreía, mirándolo con cara de

adoración. Era una chica guapísima, de largo pelo rubio y belleza clásica.

A Mallory se le encogió el estómago y, aunque intentó decirse a sí misma que era la emoción de haber encontrado algo sobre su pasado, en realidad era algo más parecido a la desilusión. Pero eso era ridículo, ella quería encontrar algo. Por eso estaba en el depósito buscando entre polvorientas carpetas. Por eso había aceptado la invitación de Logan. Claro que descubrir que había estado casado no era nada del otro mundo. Su mujer podría haber muerto o podría haberse divorciado, que sería lo más normal dado que la mitad de los matrimonios fracasaban, como solía recordarle su madre. Un divorcio no era un artículo… a menos que fuera el resultado de algo más serio, como brutalidad marital o algún tipo de adicción.

Logan Bartholomew adicto a las drogas o un maltratador… no, le parecía imposible. Pero durante sus años como periodista, Mallory había encontrado personas tan aparentemente sin tacha como Logan Bartholomew que escondían oscuros secretos.

—La boda tendrá lugar en otoño… —leyó, antes de buscar el archivo de enlaces de ese año.

Pero en ese momento se abrió la puerta de la biblioteca.

—Un poquito tarde, ¿no, Stevens? —oyó la voz de Sandra Hutchins—. ¿O has vuelto a meter la pata y te han mandado al turno de noche?

—Muy graciosa —murmuró Mallory, entre dientes—. ¿Qué haces aquí?

—Buscando información para un artículo de investigación en el que estoy trabajando con Tom Gerard —contestó ella. Tom era uno de los reporteros a los que habían asignado cubrir los juzgados cuando a ella la trasladaron a sociedad—. ¿Te acuerdas de esos artículos?

¿Que si los recordaba? Ah, cómo los echaba de menos.

—Van a rodar cabezas si consigo la historia —dijo Sandra.

Y a Mallory se le hizo la boca agua. Haber caído en desgracia era la razón por la que una inútil como Sandra estaba ahora trabajando en un tema tan interesante en lugar de ser ella.

—Disfruta mientras puedas —le dijo.

—Eso pienso hacer, te lo aseguro.

Sandra y ella se toleraban en la oficina, pero no era ningún secreto para nadie que no se caían bien. Su mala relación databa de los días de Mallory como becaria. A Sandra, que llevaba en el *Herald* diez años, no le gustó nada tener que competir con una novata. Y menos aún cuando esa «novata» la había dejado en evidencia.

Unos años atrás, Sandra había escrito un artículo informando de que el Ayuntamiento no iba a renovar su contrato con la empresa de recogida de basuras. Pero Mallory, por instinto, había investigado un poco más.

Dos meses después, su artículo sobre tres concejales que habían recibido dinero de la empresa que se había quedado con la contrata apareció en primera página. La historia había sido recogida por *Associated Press* y se publicó en todos los periódicos, de costa a costa.

Sandra odiaba a Mallory desde entonces y había celebrado su caída en desgracia invitando a todos los compañeros a una copa en el Torch, el pub al que solían acudir los reporteros del *Herald*.

—«Enlaces» —murmuró Sandra, leyendo la carpeta—. ¿Qué estás haciendo?

—Ya sabes, esas tonterías que hacemos para las páginas de sociedad —respondió Mallory, sin mirarla—. ¿A quién le importa qué estilo de vestido se llevase hace diez años?

Sandra lanzó un bufido de desprecio.

—Vestidos de novia. Ah, cómo caen los grandes.

Mallory se levantó para colocar las carpetas en una pila.

—Sí, ya ves.

—¿Has rellenado la ficha para sacar esas carpetas de aquí?

—Sólo voy a llevarlas a mi mesa.

En realidad, pensaba llevárselas a casa porque, como era habitual, no tenía planes para el fin de semana.

—No importa. Si vas a llevarte carpetas de la biblioteca tienes que rellenar una ficha.

—Seguro que tú lo haces cada vez que sales de aquí con un montón de documentos.

—No —sonrió Sandra—. Pero no estamos hablando de mí sino de ti. Y para ser alguien cuyo puesto de trabajo está en entredicho, yo que tú rellenaría esa ficha sin perder un segundo.

—Qué amable por tu parte recordarme eso.

—De nada, encantada.

Mallory rellenó la correspondiente ficha, anotando las fechas y los números de las carpetas. Pero, como estaba un poquito molesta, anotó el nombre de Sandra como la persona que se las llevaba.

Era de noche cuando Logan llegó a su apartamento. Había estado en el barco durante un par de horas… pensando en Mallory.

Aún no sabía cuál debía ser el siguiente paso, aunque sí sabía que no debería haberla besado. Pero igual que no había podido resistir la tentación, tampoco ahora tenía remordimientos.

Inquieto, paseó por el dúplex, con una fabulosa vista del lago

desde la terraza. Aunque una vez había agradecido la tranquilidad del lujoso rascacielos, ahora le parecía un lugar solitario y, después de servirse una copa, salió a la terraza.

Había esperado que el hechizo que Mallory había lanzado sobre él desapareciera con el beso, pero no había sido así y, en realidad, era un alivio. Porque una cosa estaba clara: aquélla no sería la última vez que viera a Mallory Stevens.



El teléfono sonó antes de las ocho de la mañana y Logan alargó una mano para contestar, murmurando un saludo mientras se tapaba los ojos con el brazo.

—No me llamaste anoche —lo acusó una mujer al otro lado, sin molestarse en saludar.

—Lo siento —se disculpó Logan, incorporándose—. ¿Estoy castigado?

Su representante dejó escapar un suspiro.

—¿Qué pasó con Mallory Stevens? Quiero saberlo todo.

—Yo no soy de los que besan y cuentan.

Logan lamentó sus palabras inmediatamente.

—¿La has besado? —exclamó Nina—. Por favor, dime que no ha habido nada más.

—No ha pasado nada —rió él—. Tranquila.

—Esto no tiene ninguna gracia. No se puede confiar en esa mujer, te lo aseguro. Los periodistas como ella son tiburones. Huelen la sangre y se lanzan al ataque.

—Eso es un poquito dramático, ¿no? Además, tú dijiste que Mallory era un *pitbull*, no un tiburón.

—Logan…

—Mira, Nina, aunque tu preocupación por mí es muy de agradecer, mi vida personal es eso, personal.

—Te garantizo que Mallory Stevens no lo ve del mismo modo. Si descubre algo sobre ti que pueda interesarle al periódico lo usará sin pensarlo dos veces. Y, a menos que sea mentira y se publique con malicia, no podremos hacer nada porque tú eres una figura pública.

Su representante tenía razón, por supuesto. Cualquiera podía publicar lo que quisiera sobre él. Y si Mallory olía una historia, la publicaría. ¿Qué decía sobre él que no le importase? Claro que no tenía nada que esconder.

—Mallory siente curiosidad por saber si vamos a firmar un contrato con televisión, pero no es la única periodista que tiene interés por ese tema.

Tal vez le daría una exclusiva cuando hubiese firmado el contrato.

—Mientras tanto —siguió—, Mallory Stevens no va a descubrir nada sobre mí que merezca la pena publicar. Aunque no me gusta admitirlo, mi vida es bastante aburrida.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Capítulo 5

Nada.

Después de buscar en todas las carpetas, eso era exactamente lo que Mallory había encontrado: nada. Incluso volvió a la biblioteca del periódico el sábado por la noche para buscar los anuncios de las bodas que habían tenido lugar a finales de ese año. Y nada. Pero si Logan y Felicia habían anunciado que se casarían en otoño, no podían haber dejado la boda para el año siguiente…

No había noticias sobre tal evento en el periódico, pero algo le decía que iba por el buen camino y decidió seguir intentándolo.

El lunes por la mañana, después de terminar un artículo sobre una galería de arte alternativo que acababa de abrir, buscó un certificado de matrimonio en el Registro Civil. Nada. Si la pareja se había casado, no lo habían hecho en el Estado de Illinois.

Mallory decidió entonces buscar algo sobre Felicia… ¡y bingo!

Podría haberse ahorrado mucho tiempo de haber hecho eso. Felicia Ann Grant se había casado después de todo. Pero no con Logan sino con Nigel Paul Getty y la boda había sido celebrada por un juez de paz. Eso explicaba que la noticia no hubiera aparecido en el periódico. Cuando una novia cambiaba a su prometido por otro hombre a última hora era de mal gusto anunciarlo en los periódicos. Pobre Logan.

La compasión que sentía por él era mayor que la emoción del descubrimiento. Ella sabía lo que era descubrir que tu pareja te engañaba. Dos años después de Vince, Mallory seguía sintiéndose como una tonta por no haber sumado dos y dos a tiempo. Eso le habría ayudado a salvar la cara delante de sus amigos, muchos de los cuales por lo visto sabían que Vince la estaba engañando.

Su teléfono sonó mientras pensaba qué iba a hacer con esa información.

—¿Sí?

—Hola, Mallory.

El novio engañado en cuestión estaba al otro lado de la línea y Mallory miró la fotografía de su guapísima ex prometida, sintiéndose extrañamente culpable.

—Hola, Logan.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Me han invitado a una cena el jueves por la noche en el hotel Cumberland. Es una cena a benéfica y el dinero será para enviar a

niños enfermos a un campamento de verano.

—Y esperas que lo publiquemos en el *Herald*.

—No, en realidad esperaba que fueras conmigo —respondió él —. Aunque es por una buena causa, estas cosas pueden ser muy tediosas.

—Quieres que vaya contigo a la cena —repitió Mallory, sorprendida.

—¿No estás interesada?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero tampoco has dicho que sí —señaló él.

—Aún —aunque Mallory había pasado todo el fin de semana recordándose a sí misma los peligros de mezclar el trabajo con el placer, la respuesta escapó de sus labios sin que pudiese evitarlo.

—Estupendo. La cena es a las ocho, de etiqueta, pero el aperitivo empieza a las siete. ¿Te parece bien si voy a buscarte a las seis y media?

Tendría que salir antes del periódico para arreglarse, pero Mallory no vaciló un segundo:

—Me parece bien.

—Estupendo. Estoy deseando verte.

Mallory lo imaginó sonriendo y sintió que le ardían las mejillas. A pesar de las charlas que se daba a sí misma sobre lo de portarse como una profesional, Logan Bartholomew no era el único que estaba deseándolo.

Entre el lunes y el jueves, Mallory trabajó más de doce horas reuniendo datos sobre el fallido compromiso de Logan. Después de la boda, Felicia se había marchado a Portland, Oregón, donde había tenido un hijo que era o prematuro o concebido antes del matrimonio. Ésa, pensó Mallory, debía ser la razón por la que se había casado con Nigel Getty… del que se había divorciado un año después. Ahora Felicia era una mujer de negocios, aunque tal vez no por mucho tiempo porque, a menos que alguien inyectase dinero a mansalva, su perfumería de lujo pronto tendría que declararse en bancarrota.

El jueves empezó mal y siguió cuesta abajo durante el resto del día. Mallory olvidó poner el despertador, perdió el tren y luego se tiró un café sobre el pantalón de color crema mientras esperaba al siguiente. Pero no tenía tiempo de volver a casa a cambiarse de ropa, de modo que llegó al *Herald* con una mancha en el pantalón y un humor de mil demonios.

Mientras se dejaba caer frente a su mesa, Ruth Winslow, la editora de las páginas de sociedad, miró su reloj.

—No sabía que tuvieras una entrevista a primera hora.

—No la tenía. Es que se me olvidó poner el despertador… —Ruth levantó una ceja y Mallory no se molestó en terminar la frase —. Lo siento.

—Espero una lista de ideas para las doce sobre los festivales callejeros de la semana que viene… ah, y tengo un par de artículos que quiero que escribas. Lo necesito todo para el final del día.

—Sí, claro.

Aquél no sería buen momento para preguntar si podía salir un poco antes, pensó Mallory.

Y cuando se derramó la segunda taza de café en el pantalón una hora después, empezó a preguntarse si la ex de Logan le habría hecho vudú.

Tal y como estaba yendo el día, era inevitable que llegara tarde a casa. El pobre Logan estaba apoyado en el portal.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó, mientras intentaba hacer malabarismos para encontrar las llaves en el enorme bolso.

—Quince minutos más o menos.

—Lo siento.

—No pasa nada. Imagino que no has tenido un buen día.

—¿Tan evidente es?

—Digamos que tus pantalones cuentan la historia —rió Logan.

—Y sólo es la versión reducida, te lo aseguro.

—Si quieres cancelar la cena, lo comprenderé.

—No, no. Pero si ocurre algún otro desastre no digas que no te he advertido.

—No lo haré —replicó él, riendo.

Mallory abrió la puerta y lo invitó a entrar, agradeciendo que el apartamento tuviera un aspecto más o menos presentable. Arreglar la casa no era una de sus prioridades, especialmente cuando estaba trabajando en una historia interesante.

—Hay una botella de Merlot en la cocina, por si quieres tomar una copa mientras me arreglo.

—¿Tú quieres una?

—Como llevo todo el día tirándome cosas encima, será mejor que no tome nada.

El apartamento de Mallory era pequeño, pero decía mucho sobre su personalidad. Su colección de música incluía a Duke Ellington, Miles Davis y Fats Waller, de modo que le gustaba el *jazz*. La pared pintada de color rojo decía que no le tenía miedo al color. Y su ecléctico sentido del estilo: muebles asiáticos mezclados con un moderno sofá y un sillón más tradicional, dejaban claro que no creía en seguir las reglas de nadie.

Y también le gustaba leer. En una estantería hecha a medida había biografías de políticos y hombres de Estado, literatura clásica de E.M. Forster, William Faulkner y Sylvia Plath, además de alguna novela de misterio de Tami Hoag. No había libros de autoayuda… a menos que contase uno sobre reparaciones en el hogar. Y no era ninguna sorpresa. Mallory Stevens era una chica segura de sí misma, autosuficiente.

Una superviviente.

Cuando la inseguridad que había experimentado en el barco volvió de nuevo, Logan decidió aceptar su oferta de tomar una copa.

La cocina era pequeña, pero como Mallory había admitido que no sabía cocinar seguramente no necesitaría algo más grande.

Logan encontró un sacacorchos en uno de los cajones y, mientras tomaba un sorbo de Merlot, miró las fotografías pegadas en la puerta de la nevera. Una en particular llamó su atención; era Mallory con otra chica, las dos con sombrero texano y unas montañas al fondo. ¿Estarían de vacaciones?, se preguntó. Fuera cual fuera la ocasión, parecía tan abierta, tan sincera. Sin preguntas que hacer, sin agenda oculta.

¿Sería alguna vez así con él?

—Es mi compañera de la facultad, Vicki.

Logan se volvió al oír su voz… y tuvo que contener el aliento al verla.

—¿Tu compañera de facultad?

—Sí, también ella vive en Chicago y seguimos siendo amigas desde entonces. Una vez al año me lía para que hagamos alguna excursión. Dice que es bueno para mí.

—Ah, creo que me cae bien.

—El año pasado tocó mover ganado. Esa fotografía fue tomada un día antes de subirnos a la silla.

Mallory señaló la foto, pero la mirada de Logan estaba clavada en el vestido de color dorado pálido que llevaba. Las mangas cóctel mostraban unos brazos torneados y la falda, por encima de las rodillas, dejaba al descubierto unas piernas de escándalo. Las sandalias de tacón, también doradas, reflejaban la luz de la lámpara.

—Estás… preciosa.

Y lo decía absolutamente en serio. En el tiempo que la mayoría de las mujeres habrían tardado en ponerse el maquillaje, Mallory había conseguido maquillarse, vestirse y hacerse algo en el pelo. Antes era guapa, ahora era peligrosamente atractiva y no sabía si debía estar contento o nervioso.

—Gracias.

—Seré la envidia de todos los hombres.

Su estilo, poco convencional, hacía que los hombres volvieran la cabeza incluso cuando no llevaba puesto algo tan *sexy*.

—Bueno, no exageres.

Logan, que no era un hombre dado a la hipérbole, insistió:

—De verdad, eres preciosa.

—No, no lo soy —Mallory dejó escapar un suspiro no tanto exasperado como avergonzado que a Logan le pareció interesante y enternecedor.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Sé que no soy fea, incluso yo diría que soy atractiva. Pero preciosa… no.

—¿Por qué?

—Tengo espejos en casa.

Logan estaba convencido de que Mallory no tenía problemas de autoestima porqué nunca había conocido a una mujer tan segura de sí misma… en lo que se refería a su profesión. Pero alguien debía haberla hecho sentir poco deseable.

¿Quién? ¿Por qué? Las respuestas tendrían que esperar, se dijo.

—Pues entonces es que no te miras a menudo —sonriendo, Logan la tomó por los hombros para empujarla hacia el espejo de la entrada—. ¿Lo ves?

Mallory estudió su imagen un momento y luego se encogió de hombros.

—Si tú lo dices, tendré que creerte.

—¿De verdad? ¿Confías en mí?

Esta vez fue el reflejo de Logan lo que buscó en el espejo. Logan, que estaba deslizando las manos por sus brazos…

—Será mejor que nos marchemos. Vamos a llegar tarde a la fiesta.

—Elegantemente tarde —le aseguró Logan, aunque en general él era una persona muy puntual—. Unos minutos no le hacen daño a nadie.

Pero Mallory negó con la cabeza.

—Sólo tengo que tomar el bolso y el chal y estaré lista. Ve bajando si quieres, nos vemos en la puerta.

Pero Logan seguía en la entrada cuando volvió del dormitorio y, después de quitarle el chal de las manos para ponérselo sobre los hombros, la tomó del brazo para salir del apartamento.

El salón de baile del hotel estaba lleno de gente: empresarios, políticos, celebridades y miembros de la alta sociedad de Chicago. Algunos habían ido para apoyar una causa benéfica, otros para ser vistos apoyando una causa benéfica.

Mallory reconocía a muchos de ellos, incluyendo a un concejal

del que se rumoreaba que aceptaba sobornos de una constructora. En otra ocasión hubiese intentado arrinconarlo para hacerle un par de preguntas, pero aquella noche la única persona por la que sentía curiosidad era Logan… y no tenía nada que ver con el artículo.

Estaba guapísimo. Claro que no era una sorpresa. Aquel hombre podía permitirse llevar un traje de Armani porque sus anchos hombros y elevada estatura le hacían justicia. Pero había algo más en Logan Bartholomew que su aspecto de estrella de cine. Nunca había dudado de su inteligencia, pero era mucho más profundo y más complejo de lo que había pensado en un principio.

La fascinaba no como periodista, sino como mujer.

¿Preciosa? ¿De verdad pensaba eso de ella? Y esas buenas maneras tan halagadoramente anticuadas: abrirle la puerta del coche, ponerle el chal… en realidad, la hacía sentir como en un cuento de hadas.

—¿Mallory?

Mallory parpadeó, sorprendida. Logan estaba diciendo algo mientras ella se quedaba mirándolo como una tonta.

—Perdona, estaba distraída.

—Y yo pensando que estabas pendiente de mis palabras —bromeó él—. Estaba diciendo que no han colocado a los invitados por mesas. ¿Tienes alguna preferencia?

Ella miró alrededor. En general, le gustaba conocer gente nueva y se le daba bien hacer que los desconocidos se abriesen y le contasen cosas. Pero, de repente, no le apetecía charlar con nadie. Quería estar a solas con Logan, retomando lo que habían dejado a medias en el vestíbulo.

—¿Te importa que nos sentemos en una de las mesas del fondo?

—¿Para poder marcharnos sin que nadie nos vea?

—Exactamente.

—¿Debo pensar que tienes algo en mente para más tarde?

—Es posible.

¿Dónde estaba metiéndose?, se preguntó. No tenía ni idea y le daba igual, lo cual era muy extraño en ella.

Estaba perdida, se dio cuenta después. Tanto que no había visto a Sandra Hutchins hasta que fue demasiado tarde.

—Hola, Mallory. Me preguntaba quién habría venido a cubrir el evento para el *Herald*.

Pero su sonrisita de superioridad se convirtió en una mueca de asombro al reconocer a su acompañante.

—Tú eres… eres tú, ¿verdad?

—El mismo —sonrió Logan—. Logan Bartholomew. Y tú eres…

—Una pesada —murmuró Mallory, al tiempo que Sandra decía su nombre.

—Mallory y yo trabajamos juntas.

—¿Y has venido a cubrir el evento? —preguntó Logan sin saber… ¿o sabiendo? que estaba insultando a la redactora.

—No, afortunadamente yo puedo dedicarme a cubrir eventos interesantes —replicó Sandra—. He venido como invitada de Larry Byram. Te acuerdas de él, ¿verdad, Mallory?

Oh, sí, claro que recordaba a Larry. Era uno de los ayudantes del alcalde, el imbécil que le contó la historia falsa que había provocado su caída en desgracia.

—¿Cómo está Larry? —le preguntó, con una sonrisa tan falsa como la de Sandra.

—Bien. Y disfrutando de su ascenso.

Sin duda también estaría disfrutando de su caída.

—Cuánto me alegro por él.

—Lo saludaré de tu parte —dijo Sandra, sin disimular su desdén.

—Sí, por favor.

—¿Nos perdonas un momento, Logan? —Sandra tomó a Mallory del brazo para llevarla aparte—. No sé en qué andas metida, Stevens…

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta conmigo. Estás con Logan Bartholomew.

—¿Y?

—¿Por qué?

—Yo diría que es evidente.

—En tu caso, no. Tú no tienes vida social, así que debe tener algo que ver con el trabajo.

Mallory querría negar tal afirmación, pero no podía hacerlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que a menos que sea algo que pudiera escribir incluso un becario, tú no deberías trabajar en ese artículo.

—¿Por qué? ¿Ahora eres mi editora? De ser así, no me había enterado.

—Deja los artículos de verdad para aquéllos que pueden publicar sin costarle dinero al periódico.

Mallory sintió que le ardía la cara. No podía demostrarlo, pero estaba segura de que le habían tendido una trampa. Aun así, era culpa suya. Pero, aunque pudiese volver a cubrir las historias que le interesaban de verdad, ¿podría hacer que el director del periódico olvidase su costoso error?

—Tengo que irme.

Pero cuando intentaba alejarse, Sandra la sujetó del brazo.

—Estaré vigilándote, Stevens. Una metedura de pata más y estás fuera del periódico.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—Estoy deseando.
—Pues entonces deberías salir más, querida Sandra —replicó Mallory, soltándose de un tirón.
—Una mujer encantadora —comentó Logan cuando se reunió con él.
—Sí, somos amiguísimas.
—Tanto como Bruto y Cesar, ¿no?
—Exactamente. Por eso tengo que andar con ojo.
—¿Qué tal si yo vigilo tu espalda… y otras cosas esta noche? —sugirió Logan, levantando cómicamente las cejas.
Mallory tuvo que sonreír.
—Mira, hay una mesa libre ahí, al lado de la puerta.
—Buena elección.
—Eso digo yo.
Pero cambió de opinión unos segundos después porque había dos parejas en la mesa y las dos mujeres conocían a Logan… o más bien sabían quién era.
—¡Logan Bartholomew! —exclamó una de ellas—. Me encanta tu programa, de verdad. Lo escucho todos los días mientras me arreglo para ir a trabajar.
—Gracias.
—Me llamo Anita. Y él es mi marido, Victor.
—Encantado.
—¿Sabes una cosa? Tengo la impresión de que te conozco desde siempre —sonrió Anita.
Y Mallory tuvo que apretar los dientes, sintiéndose curiosamente posesiva.
Afortunadamente, su amiga la interrumpió en ese momento:
—Yo soy su fan número uno, doctor Bartholomew. No me pierdo ninguno de sus programas.
—Por favor, llámame Logan.
—Muy bien, Logan. Yo soy Julia Richmond. Gracias a ti, Darin y yo —sonrió la joven, señalando al hombre que estaba a su lado—hemos logrado superar nuestras diferencias. Vamos a casarnos en otoño —añadió, mostrando un anillo de diamantes tan grande que debería ir con guardaespaldas.
—¡Menudo pedrusco! —rió Mallory.
—Dímelo a mí —murmuró Darin.
Logan se aclaró la garganta y ofreció un diplomático:
—Enhorabuena a los dos.
—Gracias, pero te lo debemos a ti, ¿verdad, cariño? —Julia tomó a su prometido del brazo. Pero Darin, en lugar de sonreír, levantó su copa en un brindis que no parecía demasiado entusiasmado. Mallory le dio un año a aquel matrimonio, como

máximo. Y eso si llegaban al altar.

—Los consejos que das en tu programa —estaba diciendo Julia —, especialmente a las parejas que tienen problemas, son fantásticos. Es como si hubieras escrito un libro sobre relaciones sentimentales.

—Especialmente en lo que se refiere a entender a las mujeres y a lo que necesitamos de los hombres —intervino Anita.

Darin no era el único que parecía irritado en ese momento. Estaba claro que a Victor tampoco le hacía mucha gracia la atención que su mujer le estaba prestando al recién llegado.

—Me alegro de haber podido ayudar en algo —dijo Logan modestamente.

Pero parecía incómodo. Y, dada su historia personal, era lógico, pensó Mallory. Si hubiera escrito un libro sobre relaciones sentimentales, como decía Anita, no se habría dejado engañar por su ex prometida.

Mallory decidió que era el momento de cambiar de tema.

—¿Visteis el partido de los Sox anoche?

—¡Por supuesto! ¿Viste esa jugada en la tercera base? —sonrió Logan.

Ah, un fan de los Sox. ¿Quién lo hubiera dicho? Otra razón para sentirse atraída por él.

Afortunadamente, Victor también era fan de los Sox. O lo era o estaba deseando hablar de algo que no fueran relaciones sentimentales.

Darin intervino en la conversación unos minutos después y, durante media hora, se entabló un animado debate sobre el asunto. Anita y Julia no parecían contentas, pero empezaron a charlar entre ellas sobre la boda de Julia.

Por debajo de la mesa, Mallory sintió el roce de las rodillas de Logan y cuando levantó la mirada él le dio las gracias en voz baja.

Quince minutos después, Buck Warren, el organizador del evento, subió al escenario para agradecer la presencia de los invitados. Y también hizo una nada sutil petición de donativos, recordando que se podían deducir de los impuestos.

Después de un corto discurso se sirvió la cena y, aunque afortunadamente en aquella ocasión no era pollo de plástico, Mallory no pudo dejar de pensar que la carne estaba un poco seca y las verduras demasiado crudas.

—Deberían contratarte, Logan.

—Es más fácil cocinar para dos que cocinar para cien.

—Sí, claro —rió ella—. No sé qué servirán de postre, espero que sea algo de chocolate.

—¿Te apetece algo rico y decadente esta noche?

—Podría ser… —Mallory tuvo que disimular un escalofrío.

El postre resultó ser un pastel de manzana con helado de vainilla que llegó a la mesa casi derretido.

—¿Estás muy decepcionada?

—Mucho —suspiró ella—. Pero sería un buen momento para tomar el postre que no tomé el otro día.

—¿Quieres que te haga un pastel casero?

—Algo con una pecadora cantidad de chocolate. ¿Qué dices?

—¿Y marcharnos antes de que empiece el baile?

—¿No me digas que te gusta bailar?

—Sólo las canciones lentas. Aprendí en el instituto, cuando descubrí que era una buena oportunidad de abrazar a las chicas sin recibir una bofetada.

—Ah, qué listo —rió Mallory—. Bueno, entonces tendremos que quedarnos.

—¿Dispuesta a estar entre mis brazos?

Aunque lo estaba, contestó:

—Más dispuesta a descubrir si eres un buen bailarín.

Habían contratado a una orquesta para la ocasión y la cantante llevaba un peinado estilo años cuarenta. Mallory casi esperaba que tocasen un *boogie*, pero empezaron con una balada moderna y la pista de baile se llenó enseguida. Aun así, Logan se levantó del asiento y le ofreció su mano.

—¿Bailamos? —le preguntó, con un brillo de reto en los ojos.

—Por supuesto.

Mientras se abrían paso entre la gente Logan apretaba su mano y el contacto hacía que las hormonas de Mallory se volvieran locas. Cuando llegaron a su destino y él le pasó un brazo por la cintura tuvo que disimular un suspiro. Y cuando empezaron a bailar y sus cuerpos se rozaron, quería ponerse a gritar de deseo. Y estaba segura de que él lo sabía.

—Qué bien hueles.

—Tú también —Mallory, nerviosa, giró un poco la cabeza cuando sus mejillas chocaron—. La canción casi ha terminado.

Y con ella terminaría aquella dulce tortura.

—Lo sé. Pero aún nos queda el postre.

—Sí —suspiró ella. Se le hacía la boca agua, aunque su apetito no tenía nada que ver con la comida.

—¿Tienes en mente algo en particular?

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Hecho especialmente para ti.

—Entonces tendré que pensármelo. Pero podrías decirme cuáles son tus especialidades.

—Te haré una lista cuando nos vayamos, pero estoy abierto a

probar nuevas cosas.

—En la cocina —dijo ella.

—Por supuesto, en la cocina.

La orquesta dejó de tocar en ese momento y la pista de baile empezó a vaciarse.

—¿Te apetece otro baile? —preguntó él.

—No, prefiero que nos vayamos.

—Muy bien —Logan puso una mano en su cintura.

—A casa.

Él se volvió para mirarla. Y su sonrisa conspiradora agitó aún más sus enloquecidas hormonas.

Capítulo 6

Logan conducía despacio, intentando que alguno de los dos entrase en razón. No podían hacer aquello.

Bueno, sí podían, evidentemente. Y casi con toda seguridad con resultados satisfactorios. Pero no deberían hacerlo.

Su cuerpo le exigía una razón. Desgraciadamente no se le ocurría ninguna, pero debía haberla. Probablemente varias, además. Su representante podría darle muchas, pero no estaba interesado en llamar a Nina Lowman en aquel momento.

Entonces se dio cuenta de algo. No quería encontrar razones para no hacerlo. No quería recuperar el sentido común. Quería su noche con aquella mujer. Si había consecuencias, apechugaría con ellas. Pero aquella noche, sólo aquella noche, Mallory Stevens sería suya.

De modo que pisó el acelerador y cuando Mallory lo miró de soslayo le pareció verla sonreír.

Había pensado llevarla a su dúplex, con su espacioso dormitorio y su cama de matrimonio. Pero mientras se abría paso entre el tráfico nocturno, saltándose algunos semáforos en ámbar, decidió que sería mejor ir a casa de Mallory.

Para empezar, llevarla a su casa era demasiado pretencioso… aunque ella parecía estar dejando claro que los dos pensaban lo mismo. En segundo lugar, ninguno de los dos podría encontrar una salida airosa si cambiaban de opinión a última hora. Y tercero, así se ahorraría tener que llevarla a casa de madrugada.

Sí, la conclusión de que Mallory iba a estar en su casa hasta la madrugada también era presuntuosa, pero estaba seguro de que un solo encuentro no sería suficiente.

Tuvo suerte de encontrar aparcamiento frente al portal, aunque hubiera dejado el coche frente a una boca de riego si fuera preciso.

—Bueno, aquí estamos —Logan hizo una mueca después de decir la frase. Qué observación tan inteligente. Además de parecer ansioso, parecía tan inseguro como un adolescente. Y lo estaba. Incluso le sudaban las manos.

Y, en la semioscuridad del interior del coche, le pareció que Mallory sonreía.

—Sí, aquí estamos —asintió ella, mientras se quitaba el cinturón —. Vas a subir, ¿no? Tengo una botella de vino y no me gusta beber sola.

—Bueno, en ese caso…

Mallory sentía cierta aprensión, pero el deseo que la empujaba era más fuerte. Y era evidente que Logan sentía lo mismo porque lo había visto pasarse las manos por la pernera del pantalón, como si estuviera nervioso. Ese gesto le pareció enternecedor y tan excitante como cuando la tomó entre sus brazos en la pista de baile.

El apartamento estaba en silencio y casi le pareció que podía oír los latidos de su corazón.

—¿Quieres una copa de vino? —le preguntó mientras encendía la lámpara del pasillo.

—Si tú vas a tomar una…

—No te preocupa tener que conducir después, ¿verdad? —Mallory sonrió, levantando una ceja.

—¿Debería preocuparme?

—No. Aunque he oído que incluso una pequeña cantidad de alcohol entorpece la habilidad al volante… entre otras cosas.

—Entonces no debería arriesgarme. Quiero estar… completamente sereno —Logan puso las manos en sus caderas e inclinó un poco la cabeza.

—Yo también lo prefiero —murmuró Mallory.

Cuando la besó en el cuello sintió una especie de descarga eléctrica.

Zip, zag, zing.

Pero ya no intentaba descifrar por qué. Algunas cosas desafiaban toda explicación.

—¿Te gusta?

Aparentemente, Logan había recuperado la confianza y Mallory no sabía si alegrarse o no. Alegrarse, decidió, cuando empezó a explorar el otro lado de su cuello.

—¿Tienes que preguntar?

—No, la verdad es que no.

Un engreído, definitivamente. Y era hora de equilibrar el juego, de modo que dio un paso atrás.

—Probablemente no debería decirte esto, pero cada vez que estamos juntos tengo una sensación…

—¿Una sensación?

—Sí.

—¿Qué clase de sensación?

—No sé cómo explicarlo.

—Puedes decírmelo —sonrió Logan.

—Ah, claro, tú eres médico —Mallory le devolvió la sonrisa, cargada de doble sentido.

—Exactamente.

—Empieza aquí —Mallory se puso una mano en el pecho.

—¿Ahí? —Logan puso los dedos sobre el hueso de su clavícula.

—Un poco más abajo, en realidad.

—¿Más abajo?

—Sí.

—Ah —la mirada masculina se volvió ardiente mientras deslizaba los dedos hasta el nacimiento de sus pechos—. ¿Aquí?

—Más abajo —la voz de Mallory era apenas un suspiro y decidió mostrárselo en lugar de seguir hablando. De modo que tomó su mano y la puso directamente sobre su pecho—. Aquí.

Logan inclinó la cabeza y susurró su nombre mientras la acariciaba, haciendo que le temblasen las rodillas.

—Ahí es donde empieza, doctor Bartholomew.

—¿Y dónde termina?

Debería estar nerviosa. Lo había estado antes, pero ya no. Se sentía poderosa. Por primera vez en su vida, sabía perfectamente lo que quería y no tenía nada que ver con las noticias ni con el periódico.

—Deja que te lo demuestre —Mallory tomó su mano y se volvió para llevarlo al dormitorio.

—¿Estás segura? —le preguntó Logan—. Quiero que estés completamente segura.

Ella tragó saliva. Era un caballero, incluso en un momento como aquél. Sí, Logan Bartholomew era un hombre especial, diferente.

«Estoy convencida», pensó, pero lo que dijo fue:

—Si quieres descubrir lo segura que estoy, tendrás que venir conmigo.

Logan se quedó toda la noche. Se marchó al amanecer, con la chaqueta colgada al hombro, la corbata asomando por el bolsillo del pantalón y una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Tengo que irme —le dijo, en la puerta.

—Yo también —suspiró Mallory. No podía llegar tarde a trabajar dos días seguidos, con Ruth mirando el reloj y Sandra buscando la manera de ponerle la zancadilla.

—Entonces adiós.

—Adiós.

Pero se quedaron en la puerta del apartamento durante quince minutos, dándose besos de despedida.

—Te llamaré luego —dijo Logan, cuando por fin se apartaron.

Y lo hizo, aunque mucho después.

Mallory estaba lavándose la cara y cepillándose los dientes por la noche. Era la rutina de siempre, como si nada hubiera pasado cuando en realidad ya nada era lo mismo. Su bien ordenado mundo se había puesto patas arriba.

No había podido pensar en nada más que Logan durante todo el

día… y en la noche anterior.

Y qué noche había sido. No era sólo lo que había ocurrido en el dormitorio; tampoco podía dejar de recordar las horas previas.

Intentaba precisar el momento en el que todo había cambiado. Había sido su mirada, pensó. La mirada de Logan cuando ella entró en la cocina con su vestido de cóctel. Su reacción había hecho que le temblasen las piernas.

Mallory seguía sin poder creer que la viera preciosa. Guapa, sí. Se lo habían dicho muchas veces. Pero con sus enormes ojos y su barbilla prominente era considerada más mona que otra cosa. Si a eso se añadía su personalidad, sobre todo cuando estaba trabajando, «despiadada» era el adjetivo que solían usar. Ella se lo tomaba como un elogio, aunque evidentemente quien se lo decía no lo pretendía.

¿Pero preciosa?

Mallory se miró al espejo, asombrada e intrigada de que Logan la viera así. Apenas había podido acostumbrarse a tal elogio cuando él prácticamente la sedujo en la pista de baile. Bueno, para ser justos, y Mallory creía firmemente en la justicia, ella había estado encantada de devolver el favor. Y, más tarde, lo había hecho.

Mientras se ponía crema nutritiva en la cara dejó escapar un suspiro. Logan había dicho que la llamaría, pero eran las once y no la había llamado. Ni al trabajo, ni al móvil. Intentaba ser optimista, lo cual no era tarea fácil. Tal vez porque durante su relación de dos años con su último novio había aprendido a ser un poco cínica.

«La próxima vez que mi jefe me invite a cenar, tú vendrás conmigo». «Cuando vuelvan a venir mis padres, te los presentaré». «Tengo un amigo que me va a conseguir las mejores entradas para los partidos de los Sox».

Sí, seguro. Mallory no lo había creído porque sabía que Vince no cumpliría una sola de sus promesas. Como cuando era pequeña y sabía que su padre no iría a verla después del divorcio, aunque se lo había prometido.

Por razones que no podía entender, quería creer a Logan. Y no quería que la decepcionase.

Suspirando, se puso una camiseta y un pantalón corto y apartó el edredón de su cama con dosel, que había comprado a muy buen precio en Lake Forest, porque sabía que no le haría falta esa noche. Hasta la sábana sería una molestia. Habían arreglado por fin el aire acondicionado, pero incluso con él encendido tenía calor.

Estaba abanicándose, y considerando darse una ducha fría, cuando sonó el teléfono. Y antes de mirar la pantalla para ver el número ya sabía quién era. Aun así, su corazón dio un saltito dentro de su pecho y se alegró de que allí no hubiera nadie que la viera sonreír como una tonta.

—Estaba pensando en ti.
—Imagino que eso significa que no te he despertado —rió Logan —. ¿Estás en la cama?
—De hecho, estaba metiéndome en la cama ahora mismo.
—Yo también.
La temperatura ambiente aumentó varios grados al imaginar a Logan Bartholomew en su cama, llevando lo que había llevado la noche anterior… nada.
—Mmm…
—¿Qué ha sido eso?
—Nada, nada en absoluto.
—Siento llamar tan tarde, pero he tenido un día horrible. Después de hacer el programa me he pasado horas grabando anuncios y luego… bueno, da igual. El caso es que ha sido un día largo y tedioso.
—Lo siento. Podemos hablar mañana, si quieres. Además, no tenías que llamar.
—Te dije que llamaría y yo soy un hombre de palabra.
El corazón de Mallory dio otro saltito. No sabía qué era más desconcertante: el calor que podía provocar con una sola mirada o aquella nueva reacción.
—Me gusta que cumplas tus promesas.
—Todo el mundo debería hacerlo.
—Pero no es así.
—Te han hecho daño, ¿verdad?
—¿No nos ha pasado a todos? —Mallory esperó un segundo, preguntándose si mencionaría lo de su ruptura con Felicia. Y no sólo porque siguiera oliendo una historia sino porque quería saber algo más sobre Logan Bartholomew.
Él emitió un suspiró de asentimiento, pero no dijo nada.
—A nuestra edad, alguien nos ha roto el corazón o, al menos, ha destrozado nuestra confianza. Es la condición humana. Claro que eso no hace que duela menos.
—No, es verdad.
—En fin, es muy tarde. Debería dejarte descansar.
—¿Es una manera amable de decir que necesito ocho horas de sueño para estar presentable? —bromeó Mallory.
—No, tú eres preciosa. ¿Recuerdas?
—Eso dices tú.
—Veo que sigues sin creerme, así que tendré que seguir diciéndolo hasta que lo creas.
Como a Mallory no se le ocurría ninguna réplica interesante, decidió cambiar de tema:
—¿A qué hora tienes que estar en la emisora?

—Normalmente suelo llegar una hora antes de que empiece el programa. ¿Y tú? ¿A qué hora tienes que estar en el periódico?

Una vez, en un tiempo que ahora le parecía remoto, Mallory llegaba antes que los editores, que solían fichar antes que nadie. Y se quedaba la última, además. Trabajar quince horas al día no era raro en ella, incluso cuando no tenía nada que hacer más que leer teletipos. Entonces le parecía una dedicación admirable, ahora le parecía patético.

—Depende de qué artículo esté escribiendo. Pero últimamente no tengo que llegar antes de las ocho. Ya sabes, más o menos a la hora en la que los solitarios y los desempleados empiezan a llamar a tu programa —rió.

—Ellos también necesitan ayuda.

—¿Así esperabas que fuera tu vida cuando estudiabas Medicina?

—No.

Los dos se quedaron en silencio después de tan sincera respuesta. La periodista que había en ella debería haber empezado a hacer preguntas después de tal admisión, pero se limitó a decir:

—No te preocupes, esto quedará entre nosotros.

—Entre nosotros —repitió Logan, que no parecía muy convencido.

—Somos un hombre y una mujer, no un artículo en potencia y una periodista.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Lo que acabo de decir podría ser un artículo, sobre todo ahora que se habla de un posible programa de televisión.

Otra exclusiva de la que Mallory no podía decir nada.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—¿A un profesional? —rió Logan—. Eso sí que saldría en la primera página: «famoso psiquiatra de Chicago busca ayuda por crisis profesional».

Mallory sintió compasión por él. Logan Bartholomew, un hombre que ayudaba a miles de personas a diario, pero que no tenía a nadie a quien contarle sus propios problemas.

—Si necesitas hablar con alguien, aquí estoy yo. No sé si podría ayudarte, pero se me da bien escuchar. Aunque el contenido de la conversación no vaya a publicarse nunca.

—Lo dices en serio.

—Sí.

—Gracias —Logan rió entonces, aunque sin mucho humor—. Sigo sin creer que te haya contado eso.

—¿Porque soy periodista?

—No, porque ni siquiera se lo he contado a mis padres.

Normalmente es a ellos a quien recurro cuando tengo algún problema.

Qué lujo, pensó Mallory, tener unos padres en los que uno pudiera confiar por completo.

—¿Por qué no les has dicho nada?

—No lo sé. Supongo que no quería preocuparlos. Además, están tan orgullosos de mí.

—Pero tú tienes que estar orgulloso de ti mismo. Tienes que ser feliz haciendo lo que haces.

—Y decías que no se te daba bien dar consejos —rió Logan—. A lo mejor podrías acudir como invitada a mi programa.

—No, no es lo mío —sonrió Mallory. Estaba sola en la cama y, sin embargo, no recordaba haber tenido una conversación tan íntima con un hombre en posición horizontal. Porque la noche anterior no habían pasado mucho tiempo hablando—. ¿Logan?

—¿Sí?

Se sentía privilegiada porque había confiado en ella y estaba decidida a demostrarle que había puesto su confianza en el sitio adecuado.

—Deja que equilibre la balanza.

—No te entiendo.

—Pregúntame algo que quieras saber sobre mí.

—¿Cualquier cosa?

—Sí, cualquier cosa.

—Muy bien. Cuéntame algo sobre ti que no sepa nadie.

—¿Nadie?

—Un oscuro secreto. Así estaremos en paz.

—Algo que no sepa nadie… —repitió Mallory, pensativa. Y, de repente, en su cabeza apareció un recuerdo tan desagradable que le dieron ganas de vomitar. Por un momento pensó contarle otra cosa, pero la sinceridad exigía sinceridad, de modo que tragó saliva, armándose de valor—. No es un oscuro secreto, pero… te dije que no había visto a mi padre desde que se marchó de casa, pero no es verdad. Me encontré con él hace unos años.

—¿En Chicago?

—Sí, más o menos… estábamos en el aeropuerto. Volvía a Chicago después de hacer una entrevista para el periódico y lo vi recogiendo sus maletas —Mallory cerró los ojos para contener el dolor. Aunque no servía de nada porque el dolor fluía por su cuerpo como el ácido. Habían pasado tres años, pero el recuerdo permanecía fresco en su memoria.

—¿Y qué pasó?

—Estaba tal y como yo lo recordaba —Mallory se aclaró la garganta—. Tenía el pelo más gris que antes y había engordado un

poco, pero en general era el mismo. Alto, imponente… y con aspecto de querer estar en cualquier otro sitio.

Recordaba bien esa expresión. La había tenido durante las reuniones familiares, durante sus recitales de ballet o en las raras ocasiones en las que estaba en casa y ella le pedía que le leyese un cuento.

Mallory tuvo que tragar saliva de nuevo antes de continuar:

—Lo vi y, aunque estaba a diez metros de mí, supe enseguida que era él. Pero imagino que yo debía haber cambiado mucho en esos años.

—No te reconoció —aventuró Logan.

—No, fue peor que eso. Pensó que yo trabajaba en el aeropuerto, ya sabes, llevando maletas.

—Oh, Mallory…

—Me acerqué a él, pero antes de que pudiera decirle hola, mi padre me dio un par de dólares y señaló sus maletas. Es completamente ridículo… —lo que había empezado como una risa acabó siendo un sollozo.

—¿Y qué hiciste?

—Debería haberlo mandado al infierno, pero la verdad es que me había quedado helada. Llevaba tres maletas… mi madre siempre decía que no sabía hacer el equipaje. Además de ser un mal padre, ese día demostró que tampoco sabía dar propinas —Mallory intentó reír, pero no le salía la risa—. Debería haberme dado el triple porque estuve a punto de sufrir una hernia.

—¿No le dijiste quién eras?

—No, era demasiado humillante. Especialmente después de haber aceptado los tres dólares —intentó bromear ella.

—¿Y tu madre? ¿Se lo contaste?

—¿Y darle otra razón para que me soltase una de sus charlas? No, gracias —Mallory se llevó una mano a la cara y le sorprendió notar la humedad de las lágrimas. Hacía años que no lloraba por su padre, ni siquiera después del episodio del aeropuerto. Pensaba que ya no tenía lágrimas en lo que a él se refería.

—Decidiste protegerla —dijo Logan.

—Me lo hizo a mí, Logan, no a mi madre.

—Pero ella te hubiese entendido…

—No, mi madre y yo no tenemos ese tipo de relación. Al contrario, me habría echado en cara que no le hubiera dicho cuatro cosas…

—Lo siento —dijo Logan entonces—. Y gracias por contármelo.

—La verdad es que me ha sentado bien hacerlo. A lo mejor esto de la terapia no está tan mal.

—No sé si esta conversación podría clasificarse como una sesión

de terapia, pero yo también me alegro de haberte contado lo que te he contado. Y es un buen recordatorio, además, ya que me paso el día diciéndoles a mis oyentes que no escondan sus sentimientos. En realidad, nada se resuelve de ese modo.

—Uno tiene que enfrentarse con las cosas, ¿no?

—Exactamente.

Mallory se tumbó de lado para mirar el despertador.

—¡Pero si es casi la una!

—Lo sé.

—Debería dejarte dormir.

—No estoy cansado. Si cuelgas ahora, me quedaré mirando el techo. Quédate un rato más conmigo.

—Muy bien, no pienso irme a ningún sitio —colocándose el teléfono entre el cuello y la oreja, Mallory se tumbó sobre el colchón. Y, aunque estaba muy lejos, lo sintió a su lado, llenando un espacio vacío que ella ni siquiera sabía que existiera.

Capítulo 7

Mallory no sabía cómo iba a sentirse durante su próximo encuentro cara a cara con Logan. ¿Emocionada? ¿Avergonzada? ¿Las dos cosas? Le había desnudado su cuerpo y un poco de su alma. Habían pasado dos noches juntos y, aunque durante la segunda los separaban muchos kilómetros, había sido tan íntima como la primera. Nunca se había sentido tan cerca de alguien como durante esas horas hablando con él por teléfono, compartiendo secretos hasta que el sol empezó a asomar en el horizonte.

En realidad, Logan y ella apenas se conocían. Y, sin embargo, él parecía entenderla mejor que nadie. Tal vez por eso no se sorprendió del todo al día siguiente, cuando lo vio en la puerta del *Herald*.

—Hola, Mallory.

—Hola.

La bandolera del maletín en el que llevaba su ordenador portátil resbaló por su brazo y habría caído al suelo si Logan no lo hubiera sujetado a tiempo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Aparte de rescatar tu ordenador? —bromeó él.

—Sí, además de eso. Gracias, por cierto.

—De nada —dijo Logan, ayudándola a colocarse la bandolera sobre el hombro de nuevo—. Quería verte.

La tonta sonrisa que siempre asomaba a sus labios cuando estaba con él apareció de nuevo y Mallory tuvo que bajar la cabeza para disimular.

—Me alegro.

—Debería haberte llamado en lugar de aparecer así, sin avisar.

—No me importa. Es una bonita sorpresa.

—¿Tienes planes para esta noche?

No tenía ninguno, pero si los tuviera los habría cancelado.

—No, qué va. ¿Por qué?

—Había pensado llevarte a un club de *jazz*.

—¿Te gusta el *jazz*?

—No, pero a ti sí. Así que… —Logan se encogió de hombros, como si eso lo explicara todo. Y, en cierto modo, así era.

Mallory querría besarlo allí mismo, en la acera, delante del periódico. A la porra con los turistas que los rodeaban. No podía imaginar a ningún otro hombre que la pusiera a ella por encima de todo, lo que ella quería por encima de sus propias preferencias.

—Gracias.
—¿Por qué?
—Por el buen rato que voy a pasar esta tarde. ¿Te importa si pasamos antes por mi apartamento para que me cambie de ropa?
Llevaba puesto un traje de color marfil que se había arrugado durante el día y sus pies estaban suplicando que los liberase de los tacones. No era ese atuendo el que una llevaba a un club de jazz, especialmente si Logan iba en vaqueros y con un polo de manga corta.
—Muy bien… aunque me gustan esos zapatos de tacón. Hacen maravillas por tus piernas —Logan dio un paso adelante. Y estaba lo bastante cerca como para que no hubiese equivocación alguna sobre el brillo de interés en sus ojos.
—¿Tú crees?
—Oh, sí.
El resto del mundo desapareció, como había ocurrido cuando bailaban en la pista de baile del hotel… y más tarde, en su apartamento.
—Entonces deberías verme con tacón de aguja —anunció de repente, con cierto tono de reto.
—Ah, entonces espero que te los pongas algún día —las palabras de Logan y su expresión ardiente hicieron que Mallory contuviese el aliento—. ¿Nos vamos?
—¿Cómo?
—Tengo el coche aparcado al final de la calle.
—Muy bien, vamos entonces.

El Swing Shop era un local pequeño, oscuro y lleno de humo, con una colección de clientes que iba desde universitarios a jóvenes parejas, turistas, hombres con traje de chaqueta e incluso personal del cercano hospital, aún con la bata puesta.
Todo el mundo era igual allí. En el restaurante francés al otro lado de la calle, con una propina discretamente entregada podías conseguir una mesa mejor, pero en el Swing Shop la gente se sentaba a medida que iba llegando y si querías un buen sitio tenías que ir temprano.
Conseguir una buena mesa no era fácil, pero en cuanto Mallory vio a una pareja dejando una libre frente al escenario se abrió paso con los codos para llegar a ella y plantar su cerveza sobre la superficie de fórmica como si fuese una bandera. Logan llegó a su lado unos minutos después, pidiendo perdón a derecha y a izquierda.
—Ha sido asombroso —rió.
—Ya sabes lo que dicen: el que duda está perdido.

—Veo que lo has hecho antes.

—Este club es uno de mis favoritos.

—Y yo pensando que ésta iba a ser una experiencia nueva para ti…

—Eres un cielo —sonrió Mallory. Porque, además, era una nueva experiencia para ella. Estando con Logan todo le parecía nuevo.

—Es la primera vez que vengo —le confesó él.

—Sí, me lo he imaginado cuando he visto que dejabas pasar delante de ti a un grupo de turistas —rió Mallory.

—Bueno, pero ahora que tenemos mesa gracias a ti, ¿qué quieres tomar?

—La comida aquí no es buena, pero si puedes aguantar con un aperitivo hasta que la banda termine de tocar, prometo invitarte a cenar en otro sitio.

—¿Puedo elegir el restaurante?

—Parece que tienes algo en mente.

—Es posible —Logan tomó la carta, forrada de plástico, y después de echar un vistazo sugirió que tomasen unos nachos.

Y Mallory sonrió, contenta de que a pesar de ser un gran *chef*, Logan no tuviese prejuicios gastronómicos.

—Con jalapeños, pero sin cebolla.

Se quedaron hasta muy tarde viendo la actuación y podrían haberse quedado más tiempo si el estómago de Mallory no hubiese empezado a protestar.

La noche había refrescado considerablemente, pero el calor que subía de las aceras hacía que eso no sirviera de nada. Especialmente porque Logan apretaba su mano y ese simple roce la tenía enfebrecida.

—Has dicho algo sobre invitarme a cenar —le recordó mientras iban hacia el coche.

—Sí, es verdad. ¿Qué te apetece?

Logan dejó de caminar y se volvió para mirarla.

—Tú.

Entonces tomó su cara entre las manos para mirarla a los ojos. Tenía unas manos grandes y, aunque seguramente era una ridiculez, le pareció que podía sentir los callos que le habían salido de arreglar el barco.

La había besado antes… había hecho mucho más que eso. Pero en cada encuentro descubría algo nuevo, único. Como le pasaba siempre, se perdió a sí misma en el abrazo.

El beso podía haber durado unos segundos o varios minutos, no tenía ni idea. Lentamente, Mallory empezó a notar el ruido del tráfico, las conversaciones de la gente que pasaba a su lado…

Estaba apretada contra Logan, tanto que notaba claramente su reacción al abrazo. Y él respiraba con dificultad.

Mallory no era dada a escándalos públicos, pero cuando estaba con Logan Bartholomew no podía evitarlo.

—En lo último que pienso ahora mismo es en cenar —dijo él, con voz ronca—. ¿Y tú?

—¿Quién necesita comer?

Logan inclinó un poco la cabeza.

—Te deseo, Mallory.

De repente, ella quería algo más que sexo. Aunque apenas se conocían, deseaba algo más profundo con él… una relación, un compromiso de verdad. Algo que nunca había tenido con un hombre.

—¿Qué estamos haciendo, Logan? —le preguntó.

Él parpadeó, sorprendido.

—No estoy seguro —admitió, después de una larga pausa—. Me gustas mucho, Mallory. Pero si me estás pidiendo alguna promesa… no sé si puedo hacerlo.

¿Ahora o nunca? Afortunadamente, Mallory no le preguntó.

—No tienes que hacerme promesas. Esto es lo que hay —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero pienso disfrutarlo todo lo posible.

Había esperado que ése fuera el final de la conversación, pero Logan frunció el ceño.

—¿Qué es «esto» exactamente?

Las palabras eran su refugio y, a veces, un mecanismo de defensa, pero Mallory no encontraba palabras en ese momento.

—No lo sé. Imagino que nos gusta estar juntos…

—¿Te refieres a que nos sentimos atraídos el uno por el otro?

—Sí, claro —asintió Mallory. Pero no era verdad del todo. Y no podía dejar de preguntarse por qué de repente eso le molestaba tanto—. Seguramente tú estudiaste esas cosas en la universidad.

Logan se pasó una mano por la frente. Él era un hombre de ciencia, pero algunas cuestiones desafiaban cualquier explicación académica. Su reacción con Mallory era una de esas cosas.

—Debe ser eso por lo que no puedo dejar de pensar en ti.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿No puedes dejar de pensar en mí?

—No pongas esa cara de satisfacción —murmuró él. Aunque Mallory no parecía contenta, más bien sorprendida. Y algo esperanzada—. Nunca me había pasado algo así con una mujer.

—¿Nunca?

Logan se dejó llevar por la tentación de tomar su cara entre las manos.

—Además de pensar que eres preciosa, y no intentes discutir

conmigo porque lo eres, te encuentro increíblemente *sexy*.

Mallory no discutió. No parpadeó siquiera. La mujer con reputación de implacable parecía tan vulnerable como una adolescente en ese momento.

—¿Vamos a quedarnos en la calle toda la noche o vas a llevarme a casa para hacer el amor?

Logan rió. Muy bien, tal vez no era vulnerable del todo.

—Vamos ahora mismo.

Cuando llegaron al coche le abrió la puerta y Mallory hizo una mueca.

—¿Ocurre algo?

—No, no. Es que siempre me abres las puertas… eres un caballero a la antigua.

—Cosas de mi madre.

—Ah, pues entonces me gusta tu madre.

Logan soltó una carcajada que retumbó en el interior del coche.

—Pues ya somos dos. Pero pareces sorprendida… sobre lo de salir con un hombre que te abre la puerta del coche.

—Es que nunca había salido con alguien como tú.

—¿Por qué no?

Mallory se encogió de hombros.

—No lo sé. Sencillamente… no había conocido a nadie como tú.

—¿Sabes una cosa? Es curioso, pero mucha gente confunde la cortesía con la condescendencia. Yo te abro puertas como un gesto de respeto. Supongo que tú podrías hacer lo mismo por mí… en cualquier caso, no pretendía mostrarme dominante.

—No, ya lo sé.

—Además, sería muy difícil dominarte a ti. Tienes demasiada personalidad y eres muy testaruda.

—¿Es así como me ves?

—Más o menos —asintió Logan—. ¿Cómo te ves tú a ti misma?

—No lo sé, pero me han llamado cosas peores que «testaruda». De hecho, me parece un cumplido.

—Me alegro, pero eso no responde a mi pregunta. ¿Cómo te ves a ti misma?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque sí.

—Muy bien. Me veo como… una persona decidida.

—¿Sólo eso?

—No hay nada malo en ser decidido —insistió ella, un poco a la defensiva.

—Es verdad, no hay nada malo en eso —sonrió Logan—. Pero seguro que se te ocurren más adjetivos.

—Soy trabajadora.

—Otra etiqueta para decir lo mismo.

—Pero eso define mi personalidad.

Él alargó una mano para tomar la suya.

—No te conozco bien, pero yo veo en ti muchas más cualidades.

—¿Ah, sí? Dime.

—No, prefiero que las veas por ti misma. Y antes de que me acuses de analizarte, ¿qué tal si cambiamos de tema?

—Muy bien —suspiró Mallory—. ¿Qué te ha parecido la banda de *jazz*?

—Me ha gustado.

—Pareces un poco sorprendido.

—Lo estoy. No sé si ha sido la actuación de esta noche o la compañía —sonrió Logan—, pero la verdad es que lo estoy pasando estupendamente. Puede que tenga que comprar un disco de *jazz*… o tú podrías prestarme alguno de los tuyos.

—¿Por qué no?

Poco después llegaban al apartamento. Logan encontró aparcamiento a una manzana del portal y, después de apagar el motor, se volvió hacia ella.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—¿Enfadada? ¿Por qué iba a estar enfadada? —preguntó ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Lo estás, pero podría ser una bendición.

Mallory frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Todo el mundo sabe que hacer las paces en la cama es lo mejor —Logan levantó cómicamente las cejas… pero Mallory no sonrió—. Pareces escéptica.

En realidad, estaba haciendo todo lo posible por contener la risa.

—Puede que tengas que convencerme.

Logan salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta.

—Vamos entonces. A ver si tengo razón.

Capítulo 8

—¿Quién es? —le preguntó Vicki Storm.

Las copas, los nachos y el cuenco de salsa picante acababan de llegar a la mesa del restaurante Tia Lenore cuando su ex compañera de facultad hizo la pregunta. Vicki no era de las que se andaban por las ramas y era una de las cosas que más le gustaban de ella… pero no aquella noche. Por razones que no podría explicar, Mallory no le había hablado a su amiga de Logan.

—¿Quién es quién?

—El hombre con el que estás saliendo. Porque tiene que haber un hombre para que te hayas saltado no una sino dos de nuestras citas. Y la de esta noche no cuenta porque tú estás bebiendo agua.

—Esta noche no me apetece beber alcohol —Mallory se encogió de hombros. La verdad era que tampoco le apetecía comer nada porque llevaba una semana luchando contra una molesta indigestión.

—¿Y bien?

Vicki era decoradora y se encargaba de ambientar las mansiones de algunas de las personas más ricas de Chicago. Era muy buena en su profesión, muy competente, pero Mallory seguía pensando que debería haberse hecho periodista. Sería una reportera estupenda. O una interrogadora fabulosa en el departamento de policía de Chicago.

—Se llama Logan —dijo por fin.

—¿Y no tiene apellido?

—Bartholomew.

—Logan Bartholomew —repitió su amiga—. ¿El psiquiatra de la radio?

—El mismo —sonrió Mallory.

—Hay una fotografía suya en la parada del metro en la que yo me bajo. ¿Es así de guapo o es cosa del photoshop?

—Es así de guapo.

Vicki lanzó un silbido.

—Ahora entiendo que hayas desaparecido de la faz de la tierra. ¿Cuándo ha ocurrido esto? ¿Y cómo? ¿Dónde? Cuéntame, Mallory. Y no se te ocurra dejar fuera un solo detalle.

—Llevamos saliendo unas seis semanas —empezó a decir ella.

—Ah, ya.

—¿Qué?

—Entonces vais en serio.

—Sólo estamos saliendo —Mallory se encogió de hombros.

—Bueno, pues háblame de ese médico tan famoso con el que sólo estás saliendo.

Sin duda su amiga lamentaba haber dicho eso cuando, media hora después, Mallory terminó su monólogo. No podía evitarlo, cuando pensaba en Logan… en fin, no podía pensar en otra cosa.

—Nunca te había oído hablar de un hombre de esa forma.

—Oye, perdona si te he aburrido…

—No, qué va. Con mi falta de vida amorosa, escucharte a ti es mucho más excitante.

—¿Y tu contable, John?

—Jerry. Y resulta que está casado.

—Lo siento. ¿Cuándo te has enterado?

—No quiero hablar de eso —su amiga se encogió de hombros—, ya lo haremos otra noche. ¿Tú saliste con Vince durante cuánto tiempo… tres años?

—Tres y medio en realidad —contestó Mallory.

—Y, sin embargo, cada vez que quedamos para hablar de nuestras cosas, Vince apenas aparece en la conversación.

—Porque era un imbécil.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—Pues claro que me he dado cuenta. Me engañó, Vicki.

Esa frase lo decía todo y, sin embargo, no explicaba el dolor que había experimentado cuando pasó por su apartamento de manera inesperado un sábado y se encontró cara a cara con la prueba semidesnuda de su traición.

—Sí, pero antes de romper con él ya era un imbécil y tú no te diste cuenta —le recordó su amiga.

—Es verdad.

—Y estoy encantada de que hayas conocido a un tipo estupendo por fin, uno que te lleva a sitios interesantes y piensa en ti todo el tiempo.

—Logan es genial. Cuanto más tiempo paso con él….

—Estás coladita —rió Vicki. Mallory se estiró en el asiento. «Coladita» era decir poco.

—Oh, no, no, no… no estoy enamorada.

—¿Qué?

—No puedo estar enamorada.

—Pero has dicho que ya no piensas escribir ese artículo sobre él.

Sí, era cierto, había decidido no escribir el artículo desde aquella primera noche, cuando estuvieron horas hablando por teléfono.

—Encontraré alguna forma de liberarme de ese encargo absurdo. Lo de meterse en la vida privada de la gente es detestable.

Luego arrugó el ceño, sorprendida. Curiosamente, durante las

últimas semanas su carrera había dejado de ser el centro de su existencia. Estaba demasiado concentrada en Logan. No en el hombre sino en la relación que había entre ellos. Para ella, al menos, era mucho más que sexo.

Sexo durante semanas, sin interrupciones…

Entonces se le ocurrió pensar en el tiempo que llevaban juntos y, de repente, sintió unas náuseas. Mallory se llevó una mano a la frente, pero el restaurante parecía dar vueltas a su alrededor. Ojalá pudiese culpar al tequila, pero no había probado una gota de alcohol.

—Oh, no…

Vicki la miró, sorprendida.

—¿Qué te pasa? Estás muy pálida. ¿Te encuentras mal? Voy a pedir la cuenta…

—No, no —la interrumpió Mallory, aunque un poco de aire fresco no le sentaría mal—. No estoy enferma, Vicki. Es que estoy…

—¿Estás qué, cariño?

¿Embarazada, enamorada?

No se atrevía a decir ninguna de esas cosas en voz alta.

—Creo que estoy empezando a estar realmente loca por él.

Más tarde ese mismo día, sola en su apartamento, Mallory leía por enésima vez las instrucciones de la prueba de embarazo que había comprado antes de ir a casa.

Y sí, estaba embarazada. Iba a tener un hijo. De Logan Bartholomew.

Dejándose caer sobre el inodoro, dejó escapar un largo suspiro. Estaba muerta de miedo y emocionada al mismo tiempo.

Se había sentido físicamente atraída por Logan desde el principio, pero había sospechado que era mucho más. Tal vez por eso no se lo había contado a Vicki. No quería enfrentarse con lo que le estaba pasando.

Su corazón estaba en juego; el mismo corazón que otros hombres le habían roto más de una vez.

Pero ahora se jugaba algo mucho más importante.

¿Qué diría Logan cuando le contase que iba a ser padre?

* * *

Logan lanzó un silbido mientras cerraba el micrófono al terminar el programa. Por una vez, se sentía como si de verdad estuviera haciendo algo bueno por los demás. Una persona había llamado para hablarle del extraño comportamiento de su madre. Tristemente, parecían los signos de una demencia incipiente, aunque podría ser un principio de Alzheimer o incluso una

deficiencia de vitaminas. Después de terminar el programa, Logan se había quedado hablando con la mujer por teléfono para hacerle una serie de preguntas y recomendarle un especialista.

Tal vez poder dar consejos a personas que no sabían a quién acudir era tan importante como atender a los pacientes en la consulta, se dijo.

Lo único que le quedaba por hacer antes de despedirse hasta el lunes era terminar unos informes y comprobar el correo de los fans. Pero mientras lo hacía no dejaba de pensar en Mallory. Tenían planes para esa noche. Aunque eso no era nada raro. No habían dejado de verse en seis semanas, para comer, para cenar, para navegar en el *Tangled Sheets*…

No se cansaba de ella y no quería hacerlo. Cuanto más tiempo pasaba con Mallory más tiempo quería estar con ella. Era una de las personas más fascinantes que había conocido nunca. Tenía tantas capas… y él estaba disfrutando quitándoselas una a una.

No estaba interesado en ella como psiquiatra, aunque debido a su entrenamiento podía entender por qué era una mujer tan segura de sí misma en ciertos aspectos de su vida y tan vulnerable en otros. Si algún día conocía a su padre, aunque seguramente sería imposible, le daría un puñetazo en la nariz en lugar de estrechar su mano. Y eso, siendo un hombre tan poco dado a la violencia, que consideraba un pobre sustituto de un discurso civilizado, era decir mucho. Pero si estuviera diez minutos a solas con Mitchell Stevens, Logan usaría los puños.

Divorcio o no divorcio, ¿qué clase de hombre abandonaba a su hija sin ocuparse de ella, ni económica ni emocionalmente? Eso era imperdonable. Pero su interés por Mallory no era el de un médico. Su interés era el de un hombre.

El único obstáculo para sentirse absolutamente feliz era que no confiaba en ella del todo. Tenía que creer que el interés de Mallory por él era exclusivamente personal y casi lo creía, pero…

Sus dudas tenían menos que ver con su reputación, algo que su representante le recordaba a diario, que con su propio pasado. Casi una década después de que Felicia le diera la noticia de que había conocido a otro hombre, su corazón por fin había curado. Y Logan quería que permaneciera así. Pero las relaciones, las serias, requerían que uno se arriesgase y él no estaba seguro de poder hacerlo… aunque eso era lo que solía aconsejar a las personas que llamaban a su programa.

Emily, por ejemplo, cuyo *e-mail* estaba en la pantalla de su ordenador en aquel momento:

Querido doctor Bartholomew,

Llevo casi un año saliendo con mi novio y yo diría que la nuestra es una relación seria, aunque él no ha mencionado la palabra matrimonio. Los dos tenemos treinta años y los dos hemos sufrido una ruptura en el pasado. Lo que me preocupa es que aún no conozco a su familia. Viven cerca de nosotros y él los ve todas las semanas, pero nunca me ha invitado a ir a su casa. ¿Eso podría significar algo?

—«Habla con él, pero sin hostilidad» —le contestó Logan—. «Discute la situación con calma. Tu novio podría no tomarse vuestra relación tan en serio como lo haces tú o podría haber algo más en sus dudas. Algo como…».

Logan arrugó el ceño mientras miraba la pantalla del ordenador. Entendía las dudas de aquel hombre. Las entendía perfectamente.

Él no había vuelto a llevar a ninguna mujer a la casa de sus padres después de su fracaso con Felicia. Ellos habían aceptado a su prometida, la habían tratado con cariño y cuando lo traicionó se sintieron traicionados también.

Estaba pensando en el consejo que debía darle a Emily, un consejo que no estaba seguro de poder seguir él mismo, cuando sonó su móvil. Era su hermano.

—Por fin —fue el saludo de Luke—. Últimamente no hay manera de localizarte. Si no oyera tu voz en la radio todos los días, pensaría que te ha pasado algo.

—Lo siento, he recibido tus mensajes, pero no he tenido tiempo de contestar… aunque iba a llamarte hoy mismo.

—¿Dónde te has metido?

—He estado fuera.

—¿No me digas? —rio su hermano—. Oye, ¿va todo bien?

—Sí, sí. Mejor que bien, en realidad.

—Ah, ya veo. ¿Cómo es ella?

—Muy gracioso. Bueno, ¿qué querías?

—¿Aparte de estar preocupado por mi hermano mayor?

Logan y Luke se llevaban apenas quince meses. Cuando eran niños se peleaban todo el tiempo, pero de adultos se habían convertido en grandes amigos.

—Sí, aparte de eso.

—Necesito tus papilas gustativas. Aunque tú nunca podrás compararte conmigo en la cocina, confío en tu buen juicio.

—Vaya, gracias —Logan se echó hacia atrás en el sillón—. ¿Para qué las quieres exactamente?

—Tengo intención de ampliar la carta del restaurante. Durante el almuerzo tenemos el restaurante lleno, pero por la noche no. Los mismos clientes que no nos abandonan para tomar sopas, sándwiches y ensaladas se olvidan de nosotros en cuanto se pone el

sol.

—¿El negocio va mal? —preguntó Logan. Dada la situación económica del país, muchos negocios habían tenido que cerrar. Pero si Luke necesitaba dinero, él no tendría el menor problema en prestárselo.

—Yo no diría que va mal, pero podría ir mejor. Si pudiésemos aumentar la variedad de platos para la cena…

—¿Y en qué clases de platos has pensado?

—Nada de cinco tenedores. Ni caviar, ni trufas negras…

—No, tu restaurante es demasiado informal para eso —asintió Logan, pensando en el cómodo interior del Grill. Nada de manteles de hilo ni candelabros de cristal francés o cuadros de artistas reconocidos, pero con sus platos de cerámica de colores y sus cómodos asientos tampoco era un restaurante de baja categoría.

—Alguna variedad en los platos de pasta llamaría la atención de mucha gente. Y, ya que estamos al lado del lago, había pensado también en un plato de pescado especial… recién sacado de las redes de los pescadores.

—A mí me parece bien. ¿Qué tal pollo o ternera?

—La semana pasada incluimos un pollo de corral en el menú y está funcionando bien.

—Yo tengo un par de ideas, si quieres.

—Eso era lo que esperaba. ¿Crees que podrías probar un par de recetas y darme tu opinión?

—Sí, claro. Encantado de hacerlo. Dime cuándo y dónde.

—Esta noche, en el Grill.

—¿Esta noche? —repitió Logan. Mallory y él tenían mesa reservada en un exclusivo restaurante del centro. Y habían tardado dos semanas en conseguirla—. La verdad es que ya tengo planes para esta noche, Luke…

—No me importa que la traigas a ella. Pero asegúrate de que tenga apetito.

—Luke… —empezó a decir Logan. Pero su hermano ya había colgado.

Cuando Mallory abrió la puerta de su apartamento esa noche llevaba un elegante vestido negro con escote palabra de honor. El lazo de satén en la cintura la hacía parecer un regalo… uno que Logan estaba deseando abrir.

—Estás preciosa.

—Y tú estás… —Mallory miró los vaqueros y la camiseta, sorprendida—. Parece que uno de los dos tiene mala memoria. Que yo sepa, para ir a Romeo's es necesario llevar chaqueta y corbata.

—Sí, es verdad —Logan hizo una mueca—. Pero hay un cambio

de planes para esta noche. Debería haberte llamado, pero…

—¿Vas a cancelar nuestra cita?

—No exactamente.

Parecía un poco pálida, pensó Logan. Y la vulnerabilidad que siempre intentaba esconder acababa de hacer su aparición.

—¿Qué significa eso?

—Le prometí a mi hermano que pasaríamos por su restaurante esta noche. Está pensando añadir un par de platos más a la carta y me ha pedido que los pruebe —Logan tragó saliva. Pero eso era lo que quería, ¿no? Que Mallory conociera a su familia—. ¿Quieres ir conmigo?

—¿Estás seguro? Si quieres ir solo, no me importa.

Lo entendería, seguro. Entendería que la dejase plantada porque estaba acostumbrada a eso. Logan olvidó lo de salvaguardar su corazón; era el de Mallory el que requería protección.

—Ven conmigo esta noche —dijo, tomando su mano—. Me gustaría mucho que vinieras.

Y la sonrisa que iluminó su rostro fue recompensa más que suficiente.

—Muy bien. Pero tengo que cambiarme de ropa.

Capítulo 9

El Berkley Grill, en una de las mejores zonas del puerto, tenía aparcamiento privado. Pero mientras escoltaba a Mallory hasta la puerta, Logan empezó a ponerse nervioso. A Luke le caería bien y estaba seguro de que a Mallory le gustaría su hermano, pero esperaba que ninguno de los dos viera demasiado en aquella presentación.

Sin embargo, nada más entrar en el restaurante, Logan se dio cuenta de que su hermano había visto demasiado. El comedor del Grill era una sala cuadrada con unas veinte mesas, casi todas ocupadas por clientes… salvo una, la que estaba más próxima a la cocina, donde estaban su madre, su padre y su hermana, Laurel.

Que Dios lo ayudase. A él y a Mallory.

—¡Logan, estamos aquí! —lo llamó su madre.

Mallory lo miró, sorprendida.

—Parece que también han venido mis padres —dijo él, con gesto de disculpa—. Y mi hermana.

—Aparentemente, tu hermano quiere que también ellos prueben los nuevos platos.

Pero los dos se daban cuenta de lo que estaba pasando: el clan Bartholomew se había reunido para opinar no sobre la carta del Grill sino sobre Mallory Stevens.

—Si prefieres marcharte, lo entenderé. Podemos cenar en cualquier otro sitio.

—No pasa nada, Logan, no me importa conocer a tus padres —intentó sonreír ella—. Pero a lo mejor eres tú quien no quiere que los conozca…

—No suelo presentar a mi familia tan pronto —dijo él entonces, con total sinceridad.

—Ya, claro.

—No, espera, no he terminado la frase. He dicho que no suelo presentar a mi familia tan pronto, pero quiero que te conozcan a ti.

—¿En serio?

—Sí.

Las arruguitas de su frente habían desaparecido y una sonrisa iluminaba sus ojos. Estaba tan guapa que Logan tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos.

—Yo también quiero conocerlos.

—Bueno, pero más tarde, cuando estén picoteando tus huesos, recuerda que te ofrecí la oportunidad de escapar.

—No me importa que me hagan preguntas. Soy periodista.

—Entonces empieza a tomar notas. Mi madre te hará sentir como una aficionada.

Mallory y Logan atravesaron la sala de la mano. Por fuera, sabía que tenía un aspecto sereno, pero por dentro era un manojo de nervios. La familia de Logan. ¿De verdad estaba preparada para conocerlos? No podía ni imaginar qué pensarían de ella.

Entonces recordó la fotografía de Logan y Felicia en el periódico. Incluso en blanco y negro, la belleza clásica de la otra mujer era evidente. Y su familia era mucho más parecía a los Bartholomew.

Logan siempre decía que ella era preciosa, pero Mallory sabía que era un diamante en bruto comparada con Felicia. Además, aunque sabía que nadie podía darse cuenta de que estaba embarazada, tenía la impresión de llevar un cartel de neón en la frente anunciando su estado.

Mallory había estado en el Berkley Grill varias veces, pero nunca por la noche. Estaba lleno de clientes: familias, parejas, grupos de amigos, turistas. Pero las únicas personas que se fijaban en ella lo hacían sin mucha sutileza.

Cuando llegaron a la mesa, Logan besó a sus padres y le hizo un guiño a su hermana.

—Hola a todos. Quiero presentaros a una persona —sonrió, poniendo una mano en la espalda de Mallory, un gesto que la animó un poco—. Mallory Stevens. Mallory, te presento a mis padres, Douglas y Melinda Bartholomew y mi hermana pequeña, Laurel.

—Tu hermana pequeña tiene treinta y dos años —le recordó ella, haciendo una mueca—. Y como mamá me repite cada día, mi reloj biológico está llamando la atención como loco.

—Hasta que termines una carrera por fin, te vayas de casa y consigas un trabajo, sigues siendo mi hermanita pequeña.

—Encantada de conocerte, Mallory —sonrió la joven—. Aunque no sé si tienes muy buen gusto en cuestión de hombres.

—Laurel —la regañó su madre, antes de volverse hacia Mallory. Aunque su sonrisa era benigna, ella no podía dejar de sentir que estaba en el punto de mira de un francotirador—. No sabía que mi hijo estuviera saliendo con nadie hasta que Luke nos llamó esta tarde para decirnos que Logan y su novia iban a venir al restaurante.

Novia.

Esa palabra se repetía en la cabeza de Mallory una y otra vez con la efervescencia del champán. Habría querido darse la vuelta para ver la reacción de Logan porque quizá así se haría una idea de cuál iba a ser su reacción cuando le contase lo del niño. Pero no se atrevía a hacerlo con tanta gente mirando.

—No va a querer salir conmigo nunca más si empezáis a interrogarla, os lo advierto —les sonrió Logan.

—No estamos interrogándola… todavía —bromeó su padre—. Siéntate a mi lado, Mallory.

—Intenté advertirte —le dijo Logan mientras se sentaba entre su madre y su hermana.

Mallory encontró a la familia Bartholomew… interesante.

Media hora en su compañía y aún no podría decir qué clase de persona era cada uno. Normalmente ella era buena viendo lo que había detrás de una fachada amable pero, como Logan, el resto de los Bartholomew no se amoldaba a ningún patrón. Por ejemplo, eran ricos, pero no hacían alarde de ello. Nadie diría que eran una de las familias más conocidas de Chicago.

Melinda llevaba dos anillos, una discreta alianza de oro en la mano izquierda y otro, con tres diamantes, en la derecha. Era una mujer encantadora, en absoluto vanidosa, que no se molestaba en teñir sus canas ni en disimular las arruguitas alrededor de los ojos con inyecciones de Botox.

El pelo de Douglas Bartholomew era una mezcla de rubio y blanco, naturalmente ondulado, como el de su hijo. No era tan atlético como Logan, pero tampoco estaba grueso. Aunque debía andar por los sesenta y ocho años, aún era un hombre atractivo. Pero estaba claro que sólo tenía ojos para Melinda, la mujer con la que llevaba cuarenta años casado.

Como su padre y su hermano mayor, Luke, que había salido de la cocina en cuanto los vio llegar, era un hombre muy guapo. Más alto que Logan y más fuerte, tenía una sonrisa cautivadora. Y antes de volver a la cocina había levantado cómicamente las cejas para hacerla reír.

En cuanto a Laurel, era la más enigmática de los Bartholomew. Había heredado el pelo oscuro y los pómulos altos de su madre y la estatura de su padre, pero no el tacto. La miraba con una curiosidad que no se molestaba en disimular y con cierto… escepticismo.

Aun así, Mallory estaba pasándolo bien. Después de conocer a la familia de Logan entendía su sonrisa fácil, por ejemplo, o su naturaleza confiada. Haber tenido el cariño y el apoyo de sus padres desde siempre lo había convertido en un hombre seguro de sí mismo. Como era psiquiatra, imaginaba que entendería la importancia que esas cosas tenían en la formación del carácter de una persona, pero se preguntaba si sabría lo afortunado que era.

Por el contrario, el cariño de su madre seguía teñido por los amargos recuerdos del divorcio. En cuanto a su felicidad, para Maude Stevens era más importante saber que su hija era una mujer independiente y autosuficiente. Una mujer que no dependía de

ningún hombre.

—¿A qué te dedicas, Mallory? —le preguntó Melinda—. ¿También trabajas en la radio?

—No, no, soy periodista. Trabajo para el *Herald*.

—Ah, periodista —Douglas levantó las cejas.

—¿En el *Herald* has dicho?

Mallory se volvió para mirar a Laurel.

—Sí.

—Ah, claro, te dedicas a la política municipal.

—Solía hacerlo, sí.

—Ahora trabaja en la sección de sociedad —intervino Logan—. Así fue como nos conocimos. Mallory me entrevistó por un discurso que iba a dar.

—Ser periodista debe ser muy interesante —sonrió Melinda—. Imagino que conocerás a gente fascinante.

—Sí, algunas veces.

—A mí, por ejemplo —bromeó Logan.

—Pero parece un poco raro que alguien que antes hacía política ahora se dedique a cubrir eventos sociales, ¿no? —intervino Laurel.

—No seas grosera, hija —la regañó su madre.

La joven se encogió de hombros.

—No estoy intentando serlo. Es que me parece raro. ¿Por qué decidiste dejar una sección tan interesante?

A Mallory no le apetecía nada tener que dar explicaciones sobre su trabajo, aunque admiraba que la hermana de Logan fuese tan directa.

—Los artículos de sociedad no son tan interesantes, es cierto. Pero debo admitir que algunos de ellos han terminado siendo sorprendentemente curiosos. Pero el cambio no fue cosa mía, me quitaron de allí porque metí la pata —les confesó después, avergonzada. No le apetecía nada contar aquello delante de Logan.

—Hubo una demanda contra el periódico —dijo Laurel.

—Sí, es cierto. Una demanda que le costó mucho dinero al periódico. Y fue culpa mía. Me dieron una información falsa y yo la publiqué sin contrastarla.

Estaba tan emocionada por poder dar lo que parecía una noticia bomba sobre corrupción en las altas esferas del Ayuntamiento que actuó sin pensar. Había sido una ingenua al creer lo que le contó Larry Byram. Porque cuando llegó el momento del juicio, Byram afirmó bajo juramente que jamás le había contado esas cosas.

Mallory no había grabado la conversación, de modo que no tenía pruebas. Era su palabra contra la de Byram y, aunque su editor la hubiese apoyado, la falta de otras fuentes y su propia insistencia para que publicasen el artículo cuanto antes había

sellado su suerte. Su mala suerte.

—Dejé que la ambición nublase mi buen juicio.

—Eso nos ha ocurrido a todos alguna vez —dijo Douglas, comprensivo.

—Y, evidentemente, ya has pagado por ese error —añadió Melinda.

Mallory sonrió.

—Mi editor no lo ve así, pero no puedo quejarme ya que también él tuvo que pagar las consecuencias.

Barry Daniels había conservado su puesto, pero el director del periódico le había obligado a publicar una rectificación en primera página… y no había nada peor para un periodista.

—Pues no debe estar muy enfadado contigo cuando sigues en el periódico —opinó Laurel, que ahora parecía lamentar haber sacado ese espinoso tema.

Y, sin embargo, Mallory casi se alegraba de ello.

Entonces miró a Logan. Además de contarle lo del niño, había otras cosas que debía confesarle.

—Llevo semanas intentado congraciarme con él, pero no es fácil encontrar algo interesante para las páginas de sociedad.

—No sé yo —sonrió Logan—. Creo recordar que tu artículo sobre el discurso que di hace un mes era fabuloso.

Su madre sonrió también, indulgente.

—Yo he guardado el recorte del periódico.

—Lo tiene pegado en la nevera —intervino Laurel.

—Y la crítica de esa revista gastronómica sobre el restaurante de Luke o la carta del decano de tu facultad diciendo lo buena estudiante que eres. Yo no tengo favoritos, cariño. Estoy orgullosa de todos vosotros.

—Deberías escribir más artículos sobre Logan —dijo Laurel entonces—. A la gente, y cuando digo gente me refiero a las mujeres, les encanta leer cosas sobre mi hermano. Según las revistas, es el soltero más cotizado de Chicago y no sé qué otras tonterías.

Mallory miró a Logan antes de decir:

—No, a partir de ahora voy a dejar que las historias sobre tu hermano las escriba otro periodista.

Mallory y Logan salieron del restaurante después de medianoche. Estaba impresionada por lo afectuosos que eran los Bartholomew. Teniendo como ejemplo al egoísta de su padre y a la amargada de su madre, Mallory había olvidado que las familias podían ser así de cariñosas. ¿Tendría su hijo esa suerte?, se preguntó.

—Tus padres son estupendos —le dijo mientras iban hacia el coche—. Y el resto de tu familia también.

—Yo pienso lo mismo. Incluso me cae bien mi hermana.

—Venga ya, estás loco por ella.

Logan se encogió de hombros.

—Somos una familia.

—Pero no todas las familias son iguales. El amor no es algo automático sólo porque uno esté emparentado con alguien.

—Sí, tienes razón.

—Esta noche me he encontrado a mí misma pensando en la suerte que tienes. Espero que lo sepas.

—Sí, claro que lo sé. Siento mucho lo de tu padre, Mallory. No sólo por lo que se perdió cuando eras más joven sino por lo que se está perdiendo ahora. Tú eres una mujer maravillosa.

Si Mallory no hubiera sabido que estaba enamorada de él, lo habría sabido en aquel momento. Aún no tenía muy claro dónde iba esa relación, pero sabía una cosa con total seguridad: Logan y ella tenían que hablar lo antes posible.

Capítulo 10

Logan estaba sentado en el sofá del apartamento de Mallory, golpeando el suelo de madera con el pie mientras esperaba que ella volviese de la cocina con los refrescos.

Ocurría algo, estaba seguro.

Había tenido esa impresión durante toda la noche y lo había atribuido a los nervios de conocer a su familia o a las preguntas indiscretas de su hermana, pero Mallory actuaba de forma extraña incluso antes de llegar al restaurante. Y mientras volvían a casa había dicho la frase que ningún hombre quería escuchar:

—Tengo algo que decirte.

Sabía que iba a decirle o que no quería volver a verlo o que se había enamorado de él.

Había conocido a su familia esa noche y la relación entre ellos estaba volviéndose cada día más seria, de modo que podría haberse asustado. O tal vez eso le había dado valor para confesarle sus sentimientos.

Cualquiera de las dos posibilidades lo ponía nervioso.

Logan no quería perderla. Podía no estar preparado para lo que estaba ocurriendo entre ellos, pero no era tonto. Los dos últimos meses habían sido maravillosos y Mallory despertaba en él sentimientos que creía muertos. ¿Pero amor? Era una palabra demasiado importante que solía llevar a un compromiso aún más importante, uno que no estaba seguro de querer volver a hacer con una mujer.

—Tu copa de vino.

Logan notó que ella se había servido un vaso de agua, quizá para mantenerse serena.

—Gracias —murmuró, levantándose.

—Lo he pasado muy bien esta noche.

—Me alegro. Yo también.

—¿Sueles reunirte a menudo con tu familia?

—No tan a menudo como a mis padres les gustaría, pero solemos cenar todos juntos al menos un domingo al mes.

—¿Y quién cocina?

—Mi madre, por supuesto. Aunque nos pone a trabajar a todos.

—¿Incluso a tu padre?

—Sobre todo a mi padre —rió Logan.

—Eso está muy bien —murmuró Mallory, nerviosa—. Pero yo pensaba… como tus padres son ricos, pensé que tendrían ayuda en

casa.

—Cuando era pequeño teníamos una persona que iba a casa todos los días, pero desde que Luke y yo nos independizamos mi madre se encarga de todo.

—¿Ha trabajado fuera de casa alguna vez?

—Sí, era contable. Y después de jubilarse empezó a trabajar como voluntaria en una asociación que promueve la conservación de la Naturaleza. ¿Y la tuya? ¿A qué se dedica?

—Mi madre no trabajaba antes del divorcio. Hacía pasteles, tenía la casa siempre ordenada… era muy meticulosa con la limpieza y el orden. Yo solía pensar que ésa era la razón por la que mi padre volvía de la oficina tan tarde todos los días… porque no quería que lo regañase por dejar los zapatos o la chaqueta tirados en cualquier sitio —Mallory sacudió la cabeza—. Pero al final resulta que pasaba las tardes con otra mujer, a quien no le importaba que dejase la ropa tirada en el suelo.

—Lo siento —dijo Logan.

—Es horrible que hiciera eso, pero lo que no entiendo es que mi madre lo soportase durante tantos años. Al final, fue él quien pidió el divorcio.

—Imagino que económicamente a tu madre le venía bien seguir casada con él… para mantenerte a ti.

—Lo sé, pero… —Mallory se encogió de hombros—. Mi último novio me engañó y yo le dejé en cuanto me enteré. No le pedí una explicación siquiera, no me hacía falta.

—Los actos dicen más que las palabras.

—Sí, es verdad —Mallory tragó saliva—. Sé lo de tu prometida, Logan.

Él no había esperado aquello. ¿Era eso de lo que quería hablar?

—¿Qué es lo que sabes?

—Que estuvisteis comprometidos, pero ella se casó con otro hombre.

—¿Te lo contó mi madre cuando fui al cuarto de baño?

—No, no… yo estuve investigando por mi cuenta el día después de conocerte.

Había sido sólo unas semanas antes y, sin embargo, le parecía una eternidad.

—Entiendo —murmuró Logan.

—No, me parece que no lo entiendes.

—Querías un artículo, ¿no?

Su representante le había advertido, pensó, decepcionado. ¿De verdad había pensado que Mallory podía separar su profesión de su vida privada? Especialmente sabiendo lo importante que era para ella.

No le importaba que su compromiso roto fuera de conocimiento público. Que todo Chicago leyese el artículo y se riera de él, le daba igual. Lo que le dolía era que Mallory se hubiera acostado con él, que hubiese hecho el amor con él cuando, aparentemente, lo único que buscaba era un artículo.

—Logan…

—Dudo que ese tipo de artículo te devuelva a la sección de política local —la interrumpió él—. Mi ex prometida me dejó por otro hombre, pero no soy el primero al que le pasa eso.

—Lo siento…

—¿Qué más cosas has descubierto sobre mí? ¿Y por qué te pusiste a investigar?

—No estoy segura. Parecías… no sé, demasiado perfecto.

—Ah, qué comentario tan interesante.

—Interesante o no, es verdad.

—Así que no pudiste resistir la tentación.

—Pues…

—Oye, ¿qué hombre no querría ser irresistible? A mí me gustaría serlo por diferentes razones, pero tú eres periodista.

Mallory dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, de verdad.

Logan no sabía si estaba disculpándose por cotillear en su pasado o por la traición de Felicia. Pero el dolor que sintió cuando su prometida lo dejó plantado se quedaba pequeño comparado con el que sentía en aquel momento. De nuevo, había creído las mentiras de una mujer guapa.

Era mayor, más sabio. O así debería ser. Pero, además de sentirse traicionado, se sentía como un idiota. Él era un profesional de la psiquiatría con muchos años de experiencia y no le gustaba nada saber que podía caer en las mismas trampas que los demás hombres.

—Bueno, ¿y ahora qué? —le preguntó—. ¿Qué más necesitas para tu artículo?

—No hay ningún artículo.

—No, claro, imagino que tendrás que incluir que me estoy cuestionando mi carrera, mi trabajo en la radio, la información sobre el posible contrato en televisión…

Mallory puso una mano en su brazo.

—¿Es que no me has oído en el restaurante, cuando he dicho que no pensaba publicar nada sobre ti? Lo dije absolutamente en serio.

—¿Por qué? —le preguntó Logan.

—Yo creo que lo sabes.

—Dímelo, Mallory. Y dilo bien claro.

—Por varias razones —suspiró ella—. Para empezar, porque hacerlo crearía un conflicto de intereses.

Logan frunció el ceño.

—¿Un conflicto de intereses por qué?

—¿No es evidente?

—Te he pedido que hablases claro —le recordó él.

—Pues… —Mallory tragó saliva, nerviosa—. Porque te quiero, Logan.

Él parpadeó varias veces, como si eso fuera lo último que había esperado escuchar.

Mallory estaba segura de que lo había dejado sorprendido con tal afirmación y, aunque quería que él le dijese lo mismo, no era justo ponerlo en esa situación.

—No espero que digas nada ahora mismo. Sólo… sólo quería que lo supieras.

—¿Alguna cosa más que deba saber?

«Voy a tener un hijo tuyo».

Pero Mallory decidió guardarse esa información por el momento. Decírselo ahora, cuando aún no habían dejado claro lo que sentían el uno por el otro, sólo serviría para complicar las cosas.

—No.

—Cuando te pedí que salieras conmigo esta noche, la verdad es que no pensé que iba a terminar así.

—No, ya me imagino.

¿Estaba diciéndole adiós? Ni su expresión ni su lenguaje corporal delataban lo que estaba pensando.

—Lo siento, Mallory.

No era precisamente lo que ella había esperado escuchar. Con los brazos cruzados sobre el pecho, como para proteger la vida que crecía dentro de ella, Mallory se preparó para decirle adiós.

—No pasa nada.

Logan dio un paso adelante para levantar su barbilla con un dedo.

—Siento mucho haber dudado de ti y siento haber sacado conclusiones precipitadas. ¿Me perdonas?

—No te entiendo. Pensé… pensé que ibas a decir que todo había terminado entre nosotros.

—Puede que sea un poco bobo, pero no tanto —sonrió Logan.

—Debería haberte contado antes que había estado investigando sobre tu pasado. Yo no quería que fuera un secreto, pero acabábamos de conocernos y…

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Y cuando decidí que tú eras más importante para mí que el

artículo…

—Porque me quieres —terminó Logan la frase por ella.

—Sí.

—Bueno, pues tengo una noticia bomba para ti y me da igual quién lo sepa —dijo Logan entonces, envolviéndola en sus brazos—. Yo también te quiero, Mallory.

Capítulo 11

Las siguientes semanas pasaron a toda velocidad. Mallory no recordaba haber sido tan feliz en toda su vida. Y, considerando que seguía escribiendo artículos mediocres para la sección de sociedad del periódico, y soportando los comentarios sarcásticos de Sandra en la oficina, eso era increíble.

Últimamente Sandra, además de mostrarse sarcástica, no se molestaba en disimular su satisfacción. Pero su antipática colega era lo último en la mente de Mallory.

El trabajo había pasado a segundo plano. Estaba menos tiempo en la oficina, trabajando ocho horas y no catorce como hacía antes, cuando se pasaba las veinticuatro horas del día pensando en artículos, en los ángulos para una historia, en posibles editoriales…

No, ahora sólo podía pensar en Logan. Pasaba gran parte del día con él, navegando en su barco, o en su dúplex, donde él se había empeñado en enseñarle los rudimentos de la cocina. Y estaba aprendiendo muchas cosas… no sólo a saltear verduras, sino sobre sí misma.

Le gustaba quién era cuando estaba con Logan. No sentía la necesidad de ser perfecta o de hacerse la dura. Con sus defectos y sus problemas, Logan Bartholomew había dicho que la quería.

Aun así, Mallory aún no le había contado lo del niño, cuya existencia había sido ya confirmada por su ginecólogo.

Aunque se decía a sí misma que no debía estarlo, la verdad era que estaba asustada. ¿Cuál sería la reacción de Logan? Quería creer que la noticia de que iba a ser padre le haría feliz a pesar de las circunstancias. Y también que Logan no se parecería en absoluto a su padre, pero no era fácil olvidar una vida entera de dolor y abandono.

Además, tenía tiempo para contárselo. Sólo estaba embarazada de dos meses y entre Logan y ella todo era nuevo, perfecto. Necesitaba tiempo para acostumbrarse a vivir en pareja antes de decirle que, además, iban a ser padres.

Mallory estaba buscando algo que ponerse, e intentando recordar qué había hecho con el delantal blanco que había comprado esa mañana, cuando sonó el teléfono.

—Sé paciente, amor mío —le dijo, a modo de saludo.

—¿Mallory, eres tú? —además de la agitación habitual en la voz de su madre, Maude parecía perpleja.

—Ah… sí, mamá, soy yo —suspiró ella, lamentando no haber

mirado la pantalla—. Pensé que eras otra persona…

—Sí, eso está claro.

—Es que… me iba ahora mismo, mamá. Tengo que ir a un sitio y llego tarde. ¿Puedo llamarte después?

—Imagino que quieres decir mañana —replicó Maude entonces, sin disimular su enfado—. Pensé que habías jurado alejarte de los hombres después del último. ¿Cómo se llamaba?

Mallory no se molestó en contestar. El pasado era irrelevante.

—He conocido a una persona especial, mamá.

—Oh, no… y te crees enamorada, claro.

No era exactamente lo que una chica quería escuchar después de dar tal noticia, pero en fin…

—No me creo enamorada, mamá, estoy enamorada —suspiró Mallory.

—No caigas en la trampa en la que caí yo, hija. Yo perdí catorce años de mi vida esperando a tu padre, creando un hogar para él y poniendo sus necesidades por encima de las mías. ¿Y sabes lo que me quedó de todo eso cuando se marchó? Nada.

«Me tenías a mí», hubiera querido decir Mallory. «Tenías una hija que se sintió abandonada no sólo por su padre sino por su madre». Pero sabía que sería inútil intentar explicarle eso.

—Tú te ganas bien la vida en el periódico —siguió Maude—, tienes una carrera, dinero, un propósito en la vida; todo lo que yo debería haber tenido si no hubiera dejado que tu padre me convenciese para que me casara con él. Yo también creía estar enamorada entonces.

Mallory tuvo que morderse la lengua. Si sus padres no se hubieran conocido, ella no estaría en este mundo. La amargura de su madre la cegaba por completo y no se daba cuenta de lo insultantes y dolorosos que eran esos comentarios para ella.

—Que tenga una carrera y no dependa de un hombre no significa que mi vida esté completa, mamá. Ni que sea feliz. ¿Es que no quieres que sea feliz?

—¿Me hablas así? ¿Después de todos los sacrificios que he hecho por ti, para que tuvieras todo lo que yo no pude tener?

Mallory estuvo a punto de disculparse, no porque lamentase lo que había dicho sino porque sabía que así terminaría antes la conversación. Pero, por una vez, iba a decirle a su madre lo que pensaba:

—Mira, mamá, yo agradezco mucho todos los sacrificios que hiciste por mí, pero no me gusta que me los recuerdes constantemente. Hiciste lo que se espera que haga una madre por su hija y, sí, es verdad que hiciste más desde que papá nos abandonó…

—Tampoco fue un padre para ti mientras vivía con nosotras,

Mallory. Tú no tienes ni idea de los sacrificios que tuve que hacer.

—Pero podrías tener una vida interesante ahora, mamá. Podrías hacer algún curso, buscar un trabajo que te gustase…

—¿A mi edad?

—Tienes cincuenta y cuatro años. Aún eres una persona joven.

Al otro lado de la línea hubo un silencio.

—Ese hombre con el que sales te ha hecho perder la cabeza, ¿verdad?

—Es una buena persona, mamá.

El mejor. E iba a ser el mejor padre también. Mallory no estaba dispuesta a dejar que el pasado envenenase su futuro.

—Todos empiezan así, pero luego…

—No todos los hombres son iguales —la interrumpió ella.

—Escúchame, hija…

Su madre estaba a punto de lanzar otra de sus deprimentes diatribas, pero Mallory no estaba de humor.

—Tengo que irme, de verdad. Logan está esperándome. Pero hablaremos mañana, te lo prometo.

—Tienes un aspecto diferente esta noche —dijo Logan, mientras Mallory cortaba pimientos rojos en la cocina del dúplex.

Estaba usando el cuchillo Santoku como él le había enseñado a hacerlo, dejando la punta sobre la tabla y moviéndolo arriba y abajo como un profesional. Ya había hecho lo mismo con una cebolla, dos calabacines y dos tomates para preparar unas verduras salteadas.

—Son las luces de tu elegante cocina —sonrió Mallory. Aunque una parte de ella se preguntó, asustada, si Logan se habría dado cuenta de que estaba embarazada.

—No —insistió él—. Es más que eso.

—Me estás avergonzando, tonto —rió ella, intentando disimular su nerviosismo—. Y si sigues mirándome así me voy a cortar un dedo.

—Pareces más… ligera.

—¿Quieres decir que antes estaba gorda?

—No, no —rió Logan—. No me refiero a eso. Más ligera de espíritu.

—Cuidado, doctor Bartholomew. Está a punto de analizarme.

—No estoy a punto, estoy haciéndolo —sonrió él, tomando un trozo de pimiento—. Bueno, ¿qué ha pasado?

Mallory soltó el cuchillo y se dio la vuelta.

—He hablado con mi madre antes de venir.

—Ah, ya. ¿Por eso has llegado tarde?

—Sí —contestó ella.

—¿Se encuentra bien?

—Sí… bueno, no, la verdad es que no. Me da pena mi madre, Logan.

—¿Por qué?

—Es incapaz de olvidar a mi padre… o más bien la amargura que le causó su abandono.

—A veces el paso del tiempo es irrelevante si el dolor es muy profundo. Yo he dejado pasar diez años antes de tener una relación seria con una mujer.

—Por culpa de Felicia.

Logan asintió con la cabeza y esa revelación la sorprendió. Habían hablado de muchas cosas durante esos días, pero no habían vuelto a mencionar a su ex prometida.

—Un poco irónico, ¿no? Yo le doy consejos a la gente sobre las relaciones sentimentales y, sin embargo, me he pasado una década en el limbo.

—Ahora no estás en el limbo.

—No, es verdad —sonrió Logan, inclinando la cabeza para darle un beso en los labios—. Aún no sé si prefiero hacer lo que hago o sería más feliz teniendo una consulta privada pero, por primera vez desde que empecé a trabajar en la radio, ya no me siento como un fraude.

—Me alegro mucho.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado con tu madre.

—Que tiene que rehacer su vida de una vez. No es que esté en el limbo, es que está en el purgatorio desde que mi padre nos abandonó. Y encantada de arrastrarme allí con ella. Está sola y amargada y absolutamente decidida a seguir así.

—¿Has aceptado tú que su infelicidad no es culpa tuya?

—Sí, bueno, eso lo acepté hace mucho tiempo. Pero cuando ha empezado con su típica charla sobre lo horribles que sois los hombres… sí, mi madre cree que sois unos monstruos.

—Ya veo.

—Pero hoy, por fin, me he atrevido a llevarle la contraria.

—¿Nunca habías discutido con tu madre? ¿Tú?

—¿Estás insinuando que soy discutidora?

Logan le dio otro beso en los labios.

—No me atrevería. Bueno, cuéntame.

—He discutido con mi madre sobre muchas cosas, pero nunca sobre los hombres o sobre las relaciones sentimentales porque sé que es un callejón sin salida. Hasta hoy.

—¿Por qué hoy? ¿Qué ha cambiado?

—Yo he cambiado. Hasta hace poco era una adicta al trabajo. No sólo disfrutaba trabajando sino que lo había convertido en el

centro de mi existencia. Los hombres con los que he salido en el pasado… en fin, no eran para mí. Y es posible que, a un nivel inconsciente, no haya querido ir en serio con ninguno para no acabar siendo como mi madre. La ironía es que he conseguido muchas más cosa que ella y, sin embargo, mi vida estaba tan vacía como la suya.

—Ahora entiendo que parezcas más ligera —sonrió Logan—. Has tirado por la borda un montón de cosas innecesarias.

—Sí, es verdad.

—Y lo has hecho tú sólita. Oye, si todo el mundo pudiera hacer lo que tú has hecho, me quedaría sin trabajo.

—Pero yo te sigo necesitando —Mallory besó tiernamente su mano—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por no ser un monstruo.

—Ah, gracias —rió Logan.

—Bueno, yo estoy muerta de hambre —dijo Mallory entonces, quitándose el delantal.

—¿Qué pretendes?

—¿Has hecho el amor en la cocina alguna vez?

—¿En esta cocina? —la voz de Logan sonaba mucho más ronca que antes y su mirada se oscureció cuando, después de quitarse el delantal, Mallory empezó a desabrochar los botones de su blusa.

—En cualquier cocina.

—No.

—Yo tampoco —la blusa se reunió en el suelo con el delantal. Llevaba un sujetador nuevo, de ésos que, con ayuda de un relleno, te hacían parecer más «dotada» de lo que eras en realidad. Pero resultaba muy *sexy*.

Aún tenía el estómago plano, pero sus pechos parecían más grandes desde que quedó embarazada. Mallory desabrochó la cremallera de su falda y la dejó caer al suelo. Y si tenía alguna duda sobre su aspecto, la expresión entusiasmada de Logan la borró de inmediato.

—Pregúntamelo otra vez dentro de una hora —sonrió, mientras empezaba a desabrochar los botones de su camisa.

—Una hora, ¿eh? Eso es mucho tiempo. Debes estar muy seguro de ti mismo.

Mallory agradecía que Logan se tomara su tiempo, pero estaba tardando demasiado con la camisa, de modo que lo ayudó con los botones.

El deseo que sentían el uno por el otro era inevitable, urgente.

—Muchas cosas pueden ocurrir en una hora —dijo él, mientras tiraba al suelo la camisa.

—Cuento con ello.

—Una periodista del *Herald* al teléfono. Insiste en hablar con usted, doctor Bartholomew —le dijo su secretaria cuando acababa de terminar el programa—. ¿Le digo que deje un mensaje?

—No, no —sonrió él, recordando la escena en la cocina un par de noches antes. Y la escena en el cuarto de baño esa misma noche. Si seguían así acabarían agotados—. Pásamela, por favor… —Logan esperó hasta que su secretaria le pasó la llamada—. Estaba pensando en ti, cariño —le dijo, a modo de saludo.

—¿Ah, sí? Qué sorpresa.

También Logan se quedó sorprendido al escuchar la voz al otro lado de la línea. Porque no era Mallory.

—Disculpe, pensé que era otra persona.

—Eso es evidente. Soy Sandra Hutchins. Nos conocimos durante una cena benéfica hace un par de meses.

—Sí, me acuerdo. ¿A qué se debe su llamada?

—Querría que me confirmase cierta información. He descubierto recientemente que estuvo usted comprometido con Felicia Grant hace diez años.

Logan sintió náuseas, pero logró disimular.

—Sí, es cierto.

—Pero no se casó con ella.

—No.

—¿Por qué?

—No creo que eso sea asunto suyo, señorita Hutchins.

—Tengo entendido que fue un problema de… infidelidad —siguió ella, como si no lo hubiera oído—. La señorita Grant se casó con otro hombre poco después de cancelar su boda con usted.

—Insisto: no es asunto suyo.

—Tal vez no —el alborozado tono de la reportera lo preocupó—. Pero supongo que sabrá la razón por la que la señorita Grant se divorció de su marido un año después de casarse.

—No sabía que se hubieran divorciado. Se marchó de Chicago después de casarse y no he vuelto a saber nada de ella. No había ninguna razón para que siguiéramos en contacto.

—¿No había ninguna razón? —repitió Sandra Hutchins, irónica.

—Siento mucho que Felicia se haya divorciado, señorita, pero no es asunto mío. Al contrario de lo que usted parece pensar, yo no siento el menor rencor por ella.

Especialmente ahora que estaba enamorado de Mallory. El pasado ya no tenía la menor importancia. Era el presente y el futuro en lo que debía concentrarse ahora.

—¿Y por su hijo? ¿Qué siente por él, doctor Bartholomew?

Capítulo 12

Logan se quedó sin respiración. Intentaba llevar aire a sus pulmones, pero no parecía llegar a su sitio.

—¿Qué ha dicho? —consiguió preguntar después de una pausa, en la que imaginó a Sara Hutchins sonriendo malignamente al otro lado de la línea.

—Devon Michael Getty. Aunque el ex marido de Felicia fue tan amable como para darle su apellido, por lo visto el ADN es suyo, doctor Bartholomew. El niño se parece muchísimo a usted.

¿Un hijo? No era cierto. No podía serlo.

Aunque nada tenía sentido en aquel momento, una cosa estaba clara: Logan no iba a seguir hablando con una periodista sobre algo tan privado.

—La conversación ha terminado.

Antes de salir de la emisora estaba hablando por el móvil con su representante, a quien explicó brevemente la situación, esperando que Nina le diera algún consejo. Pero su respuesta no lo tranquilizó en absoluto:

—Ya sabía yo que mezclarte con Mallory Stevens era mala idea.

—Esto no tiene nada que ver con Mallory.

—Es otra periodista, pero trabaja para el mismo periódico. No seas ingenuo, Logan. Seguro que esa chica ha tenido algo que ver. ¿Qué le has contado sobre tu ex prometida?

—Nada. Bueno, muy poco —admitió él—. Mallory me dijo que sabía lo de mi compromiso con Felicia, pero no hablamos mucho más sobre el asunto.

—No habló contigo, pero debió pasarle el tema a esa otra periodista…

Logan soltó una palabrota. No, imposible. No podía creerlo.

—Esto no tiene nada que ver con Mallory, Nina.

—Este asunto podría costarte el programa de radio, por no hablar del contrato en televisión —le recordó ella—. El contrato ya está firmado, pero la cadena tiene potestad para rescindirlo en determinadas circunstancias. Y me temo que este tipo de escándalo sería una de esas circunstancias.

Su representante cobraba por pensar en el negocio y en su imagen, por eso la había llamado. Que Nina se encargara de todo eso. Él tenía cosas más importantes que solucionar en aquel momento. ¿Qué pensaría Mallory cuando se enterase de la noticia?

Entonces se le ocurrió algo… ¿lo sabría ya?

—Haz lo que tengas que hacer, Nina. Te llamaré más tarde. Por el momento, yo tengo que ocuparme de averiguar la verdad.

¿Tenía un hijo, un niño que se parecía a él y que podría sentirse tan herido y tan confuso como Mallory de pequeña? Debía descubrir la verdad y para eso tenía que hablar con Felicia. Desgraciadamente, Logan no sabía dónde encontrarla. Pero Mallory sí.

A pesar de la lluvia, Logan estaba en la cubierta del barco, esperando a Mallory con una impaciencia que apenas podía contener. Después del críptico mensaje que había dejado en su contestador no le hubiera extrañado que ella no acudiese. Debía haber pensado que estaba loco cuando le pidió que se reuniera con él en el barco… llevando todas sus notas sobre Felicia. Y que, por supuesto, no se lo contase a nadie del periódico.

Pero cuando la vio corriendo por el muelle, bajo la protección de un paraguas de lunares, dejó escapar un suspiro de alivio.

Mallory no sabía por qué Logan la había llamado con tanta urgencia… y con tan extraña petición. Pero había acudido de todas formas. Tenían entradas para el partido de los Sox esa tarde y Logan no habría cancelado la cita si no fuera por una muy buena razón.

Cuando subió a bordo notó que tenía el pelo mojado y la camisa oxford empapada… como si llevara horas bajo la lluvia. Era evidente que le ocurría algo grave, aunque intentaba disimular.

—Estás empapado —murmuró. Pero no protestó cuando él la apretó contra su pecho. La necesitaba, eso estaba bien claro.

—Lo siento —se disculpó Logan—. Ahora tú también estás empapada.

—No te preocupes por mí.

—¿Que no me preocupe por ti? —él inclinó a un lado la cabeza —. No puedo evitarlo. Te quiero, Mallory.

—Lo sé. Yo también te quiero a ti.

—Recuerda que has dicho eso.

Ella arrugó el ceño, sorprendida. Las antiguas dudas hicieron su aparición de nuevo… algunas con la voz de su madre. Pero, aunque era imposible silenciar esa voz, Mallory se negó a escucharla.

—Logan, me estás asustando. Por favor, dime por qué me has pedido que me reuniese aquí contigo.

—¿No has hablado con Sandra?

—¿Sandra Hutchins? Yo no hablo con Sandra si puedo evitarlo. ¿Qué tiene que ver ella?

—Hay algo que debo contarte…

También Mallory tenía algo que contarle. Y pensaba hacerlo esa misma noche, después del partido. Era hora de que Logan lo supiera. Además, él era un hombre astuto, un médico. Tarde o temprano se daría cuenta de que no probaba el alcohol y tomaba galletas saladas para evitar las náuseas.

—Has traído las notas sobre Felicia, ¿verdad?

—Sí, claro —Mallory sacó una carpeta del bolso—. ¿Qué es lo que necesitas tan urgentemente?

—La dirección de Felicia.

—¿Qué?

—No te lo pediría si no fuera muy importante, Mallory. Ha ocurrido algo… bueno, en realidad, Sandra Hutchins me ha dicho que ha ocurrido algo, pero yo no estoy seguro. Tengo que averiguar si es verdad o no.

Mallory le entregó la carpeta sin decir una palabra más.

—¿Así de fácil?

—No voy a hacerte ninguna pregunta.

Logan besó su mano, emocionado.

—Dejaré que me hagas todas las preguntas que quieras… después. Ahora mismo tengo que investigar el asunto y podría tardar algún tiempo.

Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien. Yo tengo que volver a la oficina de todas formas. ¿Nos vemos en mi apartamento esta tarde?

—Iré en cuanto haya hablado con mi abogado.

—¡Tu abogado! ¿Estás metido en un lío, Logan? ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué necesitas?

—Te necesito a ti —dijo él en voz baja—. ¿Nos vemos después?

—Estaré esperando.

«Los dos estaremos esperando», añadió, en silencio.

Mallory no podía concentrarse en el trabajo cuando volvió a la oficina. ¿Cómo iba a hacerlo? Todo aquello era tan extraño…

Estaba mirando la pantalla de su ordenador cuando sonó el teléfono. Era su editor.

—Tengo que verte en mi oficina. Ahora.

En el pasado, que Barry la llamase a su oficina no la llenaba de angustia. De hecho, ella solía entrar sin llamar cuando estaba trabajando en algún artículo importante. Aquel día, sin embargo, entre los nervios y el embarazo, Mallory sintió una ola de náuseas… que aumentó al ver a Sandra Hutchins sentada en uno de los sillones.

—Cierra la puerta, por favor —dijo Barry.

Mallory tuvo la impresión de que su destino estaba sellándose

mientras se cerraba.

—¿Qué ocurre?

—Sandra está trabajando en un artículo que podría ser una exclusiva si somos capaces de confirmar ciertos detalles.

—Ah, qué interesante —dijo Mallory, irónica—. ¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Sandra ha encontrado cierta información secreta sobre una celebridad local y tenemos todos los datos, pero el departamento jurídico del periódico nos ha pedido que lo confirmemos con el interesado para evitar una demanda. Últimamente están muy cautos —dijo Barry, clavando los ojos en ella.

El corazón de Mallory latía con tal fuerza que tuvo que aguzar el oído para entender lo que Sandra estaba diciendo:

—Vamos al grano, ¿no? Necesito una entrevista con Logan Bartholomew y, como se os ha visto junto varias veces durante las últimas semanas, imagino que tú puedes ayudarme a conseguirla.

¿Logan? ¿Habían descubierto algún escándalo sobre Logan?

—¿Para qué quieres una entrevista con él?

—Leerás la respuesta en el periódico cuando se publique el artículo.

Mallory la miró, perpleja.

—¿Crees que voy a ayudarte?

—Estamos todos en el mismo equipo —le recordó su editor—. Sandra se ha ofrecido a mencionar tu nombre por contribuir a la investigación del artículo, por supuesto.

¿De verdad pensaban que ella quería que mencionase su nombre?

—Lo siento, pero no puedo ayudarte.

La respuesta hizo que Sandra soltase una palabrota y Barry un bufido.

—Muy bien, de acuerdo. Te sacaré de las páginas de sociedad.

Era lo que ella había querido cuando empezó a investigar la vida de Logan y no podía dejar de pensar que, en parte, la culpa era suya. Fuera lo que fuera lo que Sandra había descubierto, había sido ella quien empezó a indagar.

—Debo admitirlo, Hutchins, eres más lista de lo que pareces. Me viste buscando archivos en el depósito y enseguida sumaste dos y dos…

—Espero que no vayas a acusarme de robarte la historia —la interrumpió Sandra—. Sencillamente lo retomé donde tú lo habías dejado, ya que no ibas a hacer nada con la información.

—Te lo puse muy fácil… incluso para alguien con tan poco instinto periodístico como tú.

—Tú firmaste la ficha de salida de esas carpetas con mi nombre,

como si yo las hubiera sacado de la biblioteca. Y luego te tomaste tu tiempo para devolverlas —sonrió Sandra maliciosamente—. Por eso me pregunté qué estarías buscando. Luego te vi con Logan y recordé que estabas mirando en las páginas de enlaces matrimoniales…

—Pues lo siento, pero ya no puedo ayudarte más.

—¿No puedes o no quieres?

Mallory se encogió de hombros.

Sandra se volvió hacia el editor.

—¡Quiero una exclusiva! Para el periódico, naturalmente.

—Naturalmente —murmuró Mallory.

—Los abogados quieren que miremos el asunto con lupa y que incluyamos una respuesta de Bartholomew o de su representante legal en el artículo —dijo Barry entonces—. Lo siento, Sandra, pero no pienso arriesgar el cuello. Aún tiene una marca del hacha de la última vez —añadió, mirando a Mallory.

Un segundo antes le había ofrecido volver a su antiguo puesto, pero ahora Barry estaba haciéndole saber que, a menos que los ayudase, iba a seguir cubriendo eventos de segunda categoría.

Sandra se levantó, puso las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante. La actitud era amenazante, pero su voz era casi una súplica cuando dijo:

—No podemos esperar mucho. Si esperamos, algún otro periódico se nos adelantará. Es una cuestión de tiempo, especialmente desde que Venture Media le ha ofrecido a Bartholomew un programa de televisión.

De modo que también sabían eso. Mallory intentó quitarle importancia:

—¿Dónde está la noticia? Una mujer dejó plantado a Logan y se casó con otro hombre. Eso pasa todos los días.

Sandra se volvió, con un brillo diabólico en los ojos.

—No te lo ha contado. La periodista extraordinaria Mallory Stevens no tiene ni idea de lo que pasa… ¡me encanta!

—Sandra… —empezó a decir Barry.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mallory.

—Tu querido doctor es papá. De los que no se ocupan de sus hijos, claro.

De no haber estado sentada, a Mallory le hubieran fallado las piernas.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Logan tiene un hijo. Un niño de nueve años… con Felicia, naturalmente. Y, según mis fuentes, nunca ha ido a visitar al niño y, por supuesto, no le pasa ninguna pensión.

Mallory sacudió la cabeza, incrédula.

—No puede ser. Logan no puede… y aunque así fuera… él no

sabría nada… tienes que estar equivocada.

—No lo estoy. A menos que su partida de nacimiento esté equivocada y está claro que no puede ser un error —replicó Sandra —. Así que no sólo eres una mala periodista, Mallory, también eres tonta.

Y luego salió de la oficina, dejándola estupefacta.

La humillación de Mallory fue completa cuando una ola de náuseas la obligó a vomitar en la papelera de su editor…

Barry se limitó a ofrecerle una caja de pañuelos, pero no así su compasión.

—No voy a preguntarte sobre lo que ha dicho Sandra, sólo quiero saber si vas a ayudarnos.

—No, para nada. Creí que ya lo había dejado claro.

—Vamos, Mallory. Los dos sabemos que tú has hecho la mitad del trabajo. Ayuda a Sandra a terminar el artículo y podrás volver a hacer lo que se te da mejor.

Auténticas noticias, asuntos importantes, sobornos, estafas, chanchullos políticos. Ella era periodista y, por lo tanto, siempre le gustaría dar la noticia, pero no explotaría su relación con Logan Bartholomew. Si lo que Sandra había dicho era cierto, sería un asunto privado. Y ella tenía que creer que había una explicación. Logan no era como su padre. No le había dado razón alguna para dudar de él y no iba a hacerlo cuando más la necesitaba.

—No, Barry —le dijo, levantándose.

—¿Dónde vas?

«A decirle al padre de mi hijo cuánto lo quiero. A ayudarlo en esta crisis».

—Mallory! —gritó Barry cuando estaba abriendo la puerta—. Te he preguntado dónde vas.

—A casa. No me siento bien.

Pero sabía qué podía hacer para sentirse mejor.

Eran las nueve y veinte cuando Logan llamó a la puerta del apartamento. Estaba agotado, física y emocionalmente. Se había puesto en contacto con Felicia y había hablado con ella durante dos horas… y después había llamado a sus padres, con los que siempre había tenido una buena relación.

Pero los Grant tampoco sabían que Devon fuera hijo suyo. Como todo el mundo, habían creído que era de Nigel Getty. Aparentemente, sólo Felicia y Nigel sabían la verdad: que había descubierto su embarazo después de romper con él.

Nigel y Felicia se habían casado, esperando que el niño fuera de Nigel, pero casi inmediatamente después del nacimiento de Devon quedó claro que era hijo de Logan. Y su matrimonio duró un año.

Irónicamente, para Nigel no era un problema casarse con una mujer que estaba prometida con otro hombre, pero la idea de cuidar de un niño que no era hijo suyo le resultaba insoportable. Porque cuando la prueba de paternidad confirmó que Devon era hijo de Logan, solicitó el divorcio de inmediato.

La partida de nacimiento se cambió para reflejar la auténtica identidad del niño, pero ni Logan ni Devon sabían nada.

Y él estaba furioso, amargado. Se sentía traicionado otra vez por Felicia, pero ahora era mucho peor. Era padre, tenía un hijo. Y, sin embargo, Devon y él eran dos extraños.

Además, en su mente pesaba la posible reacción de Mallory. ¿Lo creería? ¿Aceptaría que él no sabía nada del embarazo de Felicia o pensaría que le había dado la espalda a su responsabilidad?

Como su padre había hecho tantos años atrás.

Logan intentó sonreír cuando se abrió la puerta, pero Mallory estaba muy pálida y algo en su expresión le dijo que ya sabía lo que iba a decirle.

—Estaba empezando a preocuparme.

—Lo siento. He tardado más de lo que pensaba.

Tras la conversación con Felicia y sus padres, Logan había estado hablando con su abogado. No habría una batalla por la custodia del niño. Logan y su hijo eran extraños y sería cruel y traumático para Devon que intentase apartarlo de su madre… aunque tenía intención de entablar una relación con él. Pero llegaría a un acuerdo con Felicia sobre los derechos de visita, además de la aportación económica.

—Entra —dijo Mallory.

—No tienes buena cara. ¿Qué te pasa?

—Mi editor me llamó a su oficina esta tarde.

A Logan se le encogió el corazón.

—Creo que imagino por qué.

—Sandra estaba encantada, por supuesto.

—Sí, me dio esa impresión cuando me llamó por teléfono para soltar la bomba —suspiró Logan, preguntándose si las heridas de la metralla curarían algún día—. Mallory, sobre el niño…

—Tú no sabías nada.

Lo había dicho con absoluta seguridad. Y él pensando que no podía quererla más de lo que ya la quería…

Con su pasado, Mallory tenía todas las razones del mundo para no creer en él. Pero creía en él.

—Gracias, de verdad. Me preocupaba que tú…

—No —lo interrumpió ella—. El pasado ya no cuenta. Mi editor quería una respuesta por tu parte y quería que la consiguiera yo. Y, a cambio, me ofreció recuperar mi antiguo puesto en el periódico.

—Si tengo que hablar con alguien, prefiero que sea contigo.

Mallory frunció el ceño.

—¿Crees que he aceptado su propuesta? Mi trabajo ya no es toda mi vida, Logan. No voy a utilizarte para medrar en mi profesión.

—No me importaría.

—Pero a mí sí. Porque te quiero.

—Y yo también —Logan la abrazó y buscó sus labios.

—¿Lo ves? Ningún trabajo puede darme esto.

Aunque se sentía aliviado, Logan era realista. Tenían cosas que discutir, decisiones que tomar. De modo que la llevó al sofá y le pasó un brazo por los hombros.

—Mi vida está a punto de convertirse en un circo —empezó a decir—. Mientras venía hacia aquí, mi representante ha llamado para decirme que el contrato con la cadena de televisión se ha rescindido.

—Oh, no… lo siento mucho.

—Pensé que yo también lo sentiría, pero no es así. Van a enviar un comunicado de prensa porque ya había rumores circulando sobre el contrato… no va a ser nada fácil.

—¿Estás intentando ofrecerme una salida fácil?

—Sólo durante un tiempo. No quiero que todo este jaleo te afecte de forma alguna.

—Yo no pienso irme a ningún sitio. Estamos en esto juntos.

—Esperaba que dijeras eso. Te necesito, Mallory —Logan se pasó una mano por el pelo—. Dios mío, tengo un hijo… un hijo de nueve años que no sabe nada de mí. Y yo no sé nada de él ni de lo que significa ser padre.

—Serás un padre estupendo, estoy segura.

Logan agradecía su convicción, pero se le rompió la voz mientras decía:

—Me he perdido tantas cosas de su vida que no debería haberme perdido. No puedo creer que Felicia me haya escondido la verdad durante tanto tiempo.

Su dolor era tan profundo que a Mallory se le encogió el corazón.

—Lo siento mucho.

—Felicia y yo hemos hablado durante largo rato… pero lo que está hecho, hecho está. Discutir ahora sobre el asunto no serviría de nada.

—¿Y qué piensas hacer?

—Felicia estaba pensando volver a Chicago. Su negocio en Portland no va bien y ahora que yo sé lo de mi hijo no hay razón alguna para que siga allí. Cuando conozca a Devon y el niño se

sienta cómodo conmigo tendremos que acordar un calendario de visitas y todo lo demás. Así que durante parte del tiempo ya no estaremos solos tú y yo.

Mallory había planeado contarle lo de su embarazo esa misma noche y una parte de ella seguía queriendo hacerlo, pero no sería justo para Logan. La noticia podía esperar unos días más, unas semanas incluso.

Hasta que se hubiera recuperado de la sorpresa.

Transcurrieron dos semanas y, como era de esperar, todos los medios de comunicación, locales y nacionales, se hicieron eco de la noticia. A todos parecía interesarles el hijo secreto del famoso psiquiatra radiofónico.

La prensa amarilla y algunos *blogs* cuestionaban que Logan no hubiera sabido nada sobre el niño en todos esos años, a pesar de que Felicia había enviado un comunicado de prensa apoyando su versión. Mallory sólo podía imaginar lo que publicarían si se filtrase su embarazo…

Ni siquiera se lo había contado a Vicki, aunque su amiga se había quedado perpleja cuando, en lugar de tequila, había pedido agua mineral la última vez que cenaron juntas.

Logan tenía que ser el primero en saberlo. Y lo sería. Pronto.

Volvía a Chicago aquella noche, después de pasar un fin de semana en Oregón. Había conocido a su hijo por primera vez el día anterior y la había llamado por la noche tan emocionado, tan esperanzado, que Mallory decidió no seguir esperando para darle la noticia.

Seguramente no era el mejor momento, pero tenía que hacerlo.

Iba de camino al aeropuerto y lo tenía todo cuidadosamente planeado: después de recogerlo lo llevaría de vuelta a su apartamento, donde los esperaba una cena a la luz de las velas. Aunque no había hecho la cena ella misma, claro; había llamado al restaurante de Luke para encargarla porque quería que todo fuera perfecto.

Cuando Logan apareció por fin parecía cansado pero contento. Mallory lo recibió con un abrazo, pero cuando iba a apartarse él la apretó contra su corazón y buscó sus labios en un apasionado beso.

—Creo que me has echado de menos.

—Desde luego que sí. Y si no estás muy cansado del viaje, he pensado que podríamos cenar en mi apartamento. Tengo la cena esperando… y una pequeña sorpresa.

—Muy bien. También yo tengo una pequeña sorpresa —dijo Logan, haciéndole un enigmático guiño.

Y en cuanto entraron en su apartamento, Logan Bartholomew

hizo lo último que Mallory había esperado que hiciera: sacar una cajita del bolsillo e hincar una rodilla en el suelo.

Le había dicho que tenía una sorpresa, pero aquello… y el diamante que parecía hacerle guiños desde la caja debía tener montones de quilates.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No te lo imaginas? —rió él—. Normalmente eres más rápida.

—Pero yo… tú quieres…

—Casarme contigo —terminó Logan la frase por ella, tirando de su mano hasta que los dos acabaron sentados en el suelo—. Te quiero, Mallory, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Si necesitas tomarte un tiempo para darme una respuesta, me parece bien. Sé que las cosas son un poco complicadas ahora mismo, pero puedo ser paciente…

—No necesito esperar. ¡Sí, sí! Claro que me casaré contigo, tonto —Mallory tomó su cara entre las manos y lo besó con todo su corazón.

Y siguieron besándose durante largo rato.

—La cena huele muy bien —dijo Logan después—. Oye, ¿no habías dicho que tú también tenías una sorpresa para mí?

Mallory se mordió el labio inferior, pero luego sonrió. Era demasiado pronto para sentir al niño, pero casi podría jurar que había notado un movimiento dentro de ella.

—Sí, yo también tengo una pequeña sorpresa.

Epílogo

Tres años después

—¿Vamos a tener otro hijo? —Logan sonreía mientras hacía la pregunta.

—El ginecólogo dice que nacerá durante la primera semana de octubre —sonrió Mallory—. Podría llegar en nuestro tercer aniversario.

—Ése sí que sería un buen regalo —Logan la envolvió en sus brazos e inclinó la cabeza para besarla—. Y no estaría mal que esta vez fuera una niña.

—Me encantan los hombres de mi vida, pero entre Devon, Patrick y tú ya sois demasiados —rió ella—. Estaría bien que hubiese otra chica en la casa.

Devon pasaba con ellos dos fines de semana al mes y parte de las vacaciones desde que Felicia volvió de Portland. El arreglo no era lo ideal, pero la situación de los hijos después de un divorcio nunca lo era.

Por supuesto, todo había sido muy difícil al principio. Como era de esperar, Devon se mostraba enfadado, dolido y confuso… y su padre era el primer objetivo. Pero incluso sintiéndose desolado por la animosidad de su hijo, Logan había sido paciente. Estaba convencido de que con la ayuda de Mallory, el niño acabaría por aceptarlo.

Y así había sido.

Devon había tardado más de un año en llamarlo «papá». Y, curiosamente, había sido el mismo día que Patrick empezó a balbucear: «papa». Las cosas empezaron a ser más fáciles desde entonces y entre ellos había empezado a formarse una verdadera relación. Mallory no diría que la situación era perfecta, pero casi.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Logan.

—Que soy la mujer más afortunada del mundo —contestó ella.

Y lo decía de corazón.

Fin